

algún enemigo. Una vez que estuvo acostada, aún seguía apretándome con fuerza una mano, sin duda temiendo que volviera a marcharme. También yo me sentía enfermo, y con los nervios tan alterados que no pude evitar las lágrimas, al advertir el estado en que se hallaba la chiquilla. Al verme llorar, me miró fijamente; parecía tratar de entender lo que me ocurría. Su semblante reflejó entonces la claridad de sus pensamientos. Yo sabía que después de sufrir un ataque de epilepsia, Nelly permanecía unos minutos sin poder coordinar las ideas, pronunciando palabras sin sentido.

Como hiciera unos esfuerzos infructuosos por hablar, me tendió una mano y enjugó con ella mis lágrimas. Luego me rodeó el cuello con sus bracitos, me atrajo hacia ella y me besó en una mejilla.

Comprendí que mientras yo había estado afuera, la pequeña había sufrido un ataque, quizá cuando estaba aguardándome. Terminado el acceso, debió de permanecer bastante tiempo sin recuperar la lucidez. Luego en su mente se representarían imágenes estremecedoras. Seguramente debió de pensar vagamente que yo tenía que regresar, y por eso siguió allí tendida, junto a la puerta, levantándose en cuanto me oyó ascender por la escalera.

Me pregunté por qué razón estaría junto a la puerta, cuando noté de pronto que se había puesto un abrigo que le comprara la tarde antes a un ropavejero amigo mío. Sin duda pensaba marcharse, cuando se sintió enferma. ¿Adónde quería ir Nelly? ¿Habría perdido ya la lucidez?

La fiebre no le disminuía. De nuevo empezó a delirar, y perdió el conocimiento. Desde que se encontraba en mi casa le habían dado ya dos ataques, y en ambas ocasiones se repuso perfectamente. Esta vez, sin embargo, le seguía la fiebre. Permanecí sentado junto a su lecho media hora. Luego arrimé unas sillas al diván y me eché encima, sin desvestirme, cerca de la pequeña

enferma y preparado para levantarme en cuanto advirtiese que me necesitaba.

No apagué la vela, y en varias ocasiones observé a Nelly antes de dormirme. Estaba aún muy pálida, con los labios resecos y con trazas de sangre, que seguramente se había hecho al caer al suelo. Reflejaba en el semblante, aun dormida, el mismo gesto de miedo y angustia que había tenido despierta. Me dije que si no mejoraba, al día siguiente iría a buscar al médico. Quizá hubiera contraído alguna dolencia grave.

Tal vez el ataque se debía a la impresión que le produjera la presencia del príncipe, pensé, y recordé estremecido a la mujer que le había tirado el dinero a la cara, como había contado él mismo.

CAPÍTULO II

Quince días duró la grave enfermedad de Nelly. Ya estaba en franca convalecencia, y al fin comenzó a levantarse a últimos de abril, cuando nos hallábamos ante esos días despejados y luminosos de Semana Santa.

¡Pobrecilla! No soy capaz de mantener un orden riguroso en el relato, ya que desde que ocurrió aquello hasta que lo escribo, ha pasado mucho tiempo. Pero me embarga una profunda pena al recordar su carita demacrada y las largas y persistentes miradas de sus ojos negros, cuando hablábamos a solas, como si esperase que penetrara en sus pensamientos. Notando que yo no los adivinaba, ella sonreía con dulzura, y con un ademán profundamente tierno me tendía sus manitas ardientes de largos y delgados dedos. Todavía hoy, que ya todo pasó y que sé lo ocurrido, ignoro en cambio los recónditos secretos de aquel pequeño corazón enfermo y agraviado.

Me doy cuenta de que estoy apartándome del hilo de mi relato, pero justamente en este instante no deseo pensar en nadie más que en la pobrecilla Nelly. Y es extraño que ahora que me encuentro solo en un hospital, abandonado por todos aquellos a quienes amé tanto, de pronto me venga a la memoria con toda claridad un detalle que entonces juzgué sin importancia, o que me había pasado inadvertido, y ello me permite comprender situaciones que no había llegado a explicarme.

En los cuatro primeros días de la enfermedad de la

pequeña, tanto el médico como yo nos sentimos realmente alarmados por su estado. El doctor me llevó a un lado al quinto día, y aseguró que el peligro había pasado, y que la niña se repondría. Se trataba del viejo médico amigo mío, un solterón excelente, de gran corazón, que cuidó de Nelly cuando sufrió el primer ataque, y que llegó a impresionar a la pequeña con la medalla de San Estanislao que le colgaba del cuello.

— Es decir que no hay nada que temer, ¿no es verdad? — dije, lleno de gozo.

— Al menos por ahora, no. Pero no vivirá mucho tiempo — repuso.

— ¿Cómo es eso? ¿A qué se refiere? — inquirí, lleno de angustia.

— Tiene un defecto orgánico del corazón, y al menor disgusto que reciba puede caer de nuevo. En una de esas recaídas morirá sin remedio.

— ¿No hay forma de salvarla? ¡Es imposible que eso ocurra, doctor!

— No obstante, es la verdad. Si se le pudiese proporcionar una vida apacible, con muchas distracciones y ningún disgusto, el desenlace podría retrasarse. Se dan casos excepcionales, en que debido a una serie de circunstancias, puede prolongarse la vida bastante tiempo. Pero curarla por completo, eso no es posible.

— ¡Señor mío! ¿Qué podría hacerse?

— Haga exactamente lo que yo le aconseje. Que lleve una vida serena y que tome las medicinas que le he recetado. Advierto que la chiquilla tiene un temperamento muy variable, y hasta algo burlón. Se niega a tomar los medicamentos. Ella misma me lo ha dicho.

— En efecto, doctor. Es una criatura muy rara, aunque yo lo atribuía a su dolencia. Ayer se mostró muy dócil, pero hoy, al ir a darle la medicina, dio un golpe a la cucharilla y la dejó vacía. Quise llenarla otra vez, pero me quitó el frasco de las manos y lo tiró al suelo, poniéndose luego a llorar. No creo que fuera de arrepentimiento

miento — agregué, después de haber pensado un instante.

— Es lógico que se encuentre descentrada después de todo lo que ha padecido. Precisamente a eso debe acharcarse su enfermedad.

El anciano médico estaba al corriente de la historia de Nelly porque yo mismo le había hecho el relato. El buen hombre se sintió sumamente impresionado.

Desde la cocina, donde habíamos estado hablando, entramos en la alcoba y el médico se aproximó al lecho. Me pareció que Nelly había oído lo que habíamos hablado, ya que al abrir la puerta noté que tenía erguida la cabeza sobre la almohada, en actitud de escuchar lo que decíamos. Al acercarnos a ella, la pequeña pícara se cubrió con la sábana hasta los ojos y nos observó con aire malicioso. En los últimos cuatro días de enfermedad la pobreccilla había adelgazado mucho. Tenía los ojos hundidos en las cuencas, y seguía bajo los efectos de la fiebre. Pero su aire burlón y la vivacidad de su mirada llenaron de asombro al viejo médico, que era el alemán más noble de los que había en San Petersburgo.

Con expresión seria, pero a la vez dulce y cariñosa, el médico explicó a Nelly que las medicinas le iban a hacer mucho bien y que debía tomarlas. La niña alzó una mano, aparentemente sin querer, y con otro golpe derramó el contenido de la cucharilla por el suelo. Estoy seguro de que lo hizo a propósito.

— Es una pena — manifestó el anciano —. Tengo la certeza de que lo has hecho adrede, y eso está muy mal. En fin, volveremos a llenar la cuchara.

Ella lanzó una breve carcajada, y el médico movió gravemente la cabeza. Mientras medía una nueva dosis, el anciano murmuró:

— Eso no está bien. No está nada bien.

— Bueno, no se disguste — dijo ella, procurando no reírse —. Tomaré la medicina, pero dígame que me quiere.

— Si te portas bien, claro que te querré, y mucho.

— ¿De verdad?

— Claro que sí.

— Pero ahora no me quiere, ¿no es eso?

— Bueno, empiezo a quererte un poco.

— ¿Me daría un beso, si se lo pidiera?

— Tal vez, siempre que lo merezcas.

De nuevo soltó la risa Nelly, sin poder dominarse. El médico me susurró al oído:

— Nuestra enfermita parece estar muy contenta. En realidad son los nervios los que le provocan esta clase de alegría.

— Si promete que se casará conmigo cuando yo sea mayor, me tomaré la medicina — exclamó ella, con su débil vocecita.

La nueva broma parecía divertir a Nelly enormemente, pues sus labios temblaban al tratar de contener la risa, y los ojos le relucían con animación, al tiempo que aguardaba las palabras del viejo galeno.

— Prometido — contestó el médico, sonriendo a la fuerza ante la nueva excentricidad de su pequeña paciente —. Me casaré, pero debo imponer condiciones.

— ¿Qué condiciones?

— Tienes que ser buena, obediente y además tienes que...

— ¡Tomar la medicinal! — le interrumpió ella.

— Justamente — repuso el doctor —. No hay duda de que eres una buena chica.

Y volviéndose hacia mí musitó en voz baja:

— Es una niña buena en el fondo y avispa, aunque, ¿qué idea la suya, esa de casarse conmigo!

Entonces el médico se inclinó para darle el medicamento. En esta ocasión Nelly no recurrió a ningún ardid, sino que abiertamente dio un manotazo a la cucharilla, con lo que desparramó el contenido de la misma sobre el rostro y la camisa del pobre anciano. Nelly se echó a reír sonoramente, aunque no con la alegría y la

franqueza de unos momentos antes. Tenía un gesto de maligna crueldad y rehuía nuestras miradas. Luego observó al médico con aire burlón, como esperando a que reaccionase.

El galeno se secó con toda serenidad la cara y las ropas, y dijo:

— Es una verdadera lástima. La medicina se ha derramado otra vez.

Esta actitud llenó de asombro a Nelly. Sin duda creía que nos íbamos a encolerizar, que la regañaríamos, reprimiendo su forma de actuar. Posiblemente era lo que en su interior estaba deseando, a fin de tener un motivo para caer en una nueva crisis histérica, y poder desahogar su pequeño corazón, enfermo y dolorido. No son sólo los enfermos como Nelly los que tienen reacciones de esta índole; en más de una ocasión, cuando paseaba inquieto por mi estancia, tuve el inconsciente deseo de que me ofendiesen o me dijeran algo insultante, para poder desahogar mi alma atormentada. En tales situaciones, las mujeres comienzan por llorar con verdadera pena, y las que son más sensibles terminan en una crisis de histerismo. Esto les sucede, más que nada, cuando llevan en su interior un pesar que nadie más conoce, y que no pueden confesar, aunque lo intenten.

Impresionada de repente por el bondadoso temple del buen viejo, por la paciencia con que vertía una nueva dosis, sin dirigirle la menor palabra de reproche, la niña cambió de actitud. Se esfumó la sonrisa de su rostro, y las lágrimas le velaron los ojos. Me dirigió una mirada furtiva, y cuando el médico le dio la poción, se la tomó sin protestar. Luego, cogiendo las huesudas manos del anciano, murmuró:

— Se ha enfadado conmigo, y tiene mucha razón. Soy muy mala.

Pareció que diría algo más, pero en seguida escondió la cabeza bajo la sábana y se echó a llorar dominada por una profunda emoción.

— Vamos, no llores, pequeña... — dijo el doctor. — Son tus nervios... Toma unos sorbos de agua.

Pero ella continuaba sollozando sentidamente. El buen viejo, casi a punto de llorar asimismo, debido a lo sensible de su carácter, agregó:

— Tranquilízate, por favor. Mira, ya te he perdonado, y además, como te he dicho, cuando seas mayor me casaré contigo. Pero tienes que portarte bien.

— Tomaré siempre las medicinas — manifestó Nelly, desde debajo de las ropas de la cama, y su risa se dejó oír débil y nerviosa, como una campanilla.

— Ya dije que era una niña buena y agradecida — me dijo el médico gravemente, mientras procuraba contener las lágrimas. — ¡Pobre chiquilla!

Desde ese momento surgió entre Nelly y él una extraña simpatía. En cambio, mostróse hacia mí arisca e irritable. Desconcertado, no supe a qué atribuir aquel cambio, más asombroso por lo rápido e inesperado. En los primeros días de su enfermedad me había demostrado un gran cariño; no dejaba que me separase de ella, quería verme sentado a su lado y me estrechaba las manos entre las suyas, tibias por la fiebre.

Si me notaba triste o inquieto, trataba de devolverme la alegría con sonrisas y bromas, aunque para ello tuviera que sobreponerse a sus propias penas. No me dejaba que escribiera por las noches, ni que la velase. Cuando no la obedecía se enfadaba conmigo. En ocasiones la notaba preocupada, y ella me preguntaba mil cosas para saber la razón de mi tristeza. Lo extraño es que cuando yo le hablaba de Natacha dejaba de charlar o cambiaba de tema. Cuando yo volvía a casa se mostraba muy contenta, pero al irme me dirigía una mirada triste, extraña, llena de reproches.

En el cuarto día de su enfermedad fui a casa de Natacha y allí pasé la velada, quedándome hasta pasada la medianoche. Había tenido la intención de regresar temprano, y así se lo prometí a la pequeña antes de

marcharme. De todos modos, me sentía tranquilo en casa de Natacha, pues sabía que la niña estaba acompañada por Alejandra Seminiovna. Masloboiev había dicho a su mujer que la chiquilla estaba enferma, y que yo no podía cuidarla bien. Ella se apresuró a venir a casa. ¡Había que ver cómo charlaba la buena de Alejandra Seminiovna! Cuando volvió junto a Masloboiev, le dijo:

— El pobre Iván Petrovitch no podrá venir a cenar con nosotros, y además no tiene quien le ayude. Le demostraremos que somos sus amigos. Aprovechemos la ocasión.

Y se trasladó a mi casa en un coche de punto, con un enorme bulto.

Declaró que iba a ayudarme y que estaría en casa todo el tiempo que fuese necesario. Deshizo el gran envoltorio y comenzó a sacar de él toda clase de cosas: jaleas, pollo para la convalecencia de la enfermita, manzanas, naranjas, fruta escarchada de Kiev, por si el médico creía conveniente dársela a Nelly, ropa blanca, toallas, camisones, vendas y un botiquín casi completo, como para un hospital.

— Hay de todo en casa — aseguraba muy ufana —. Y pensé que siendo usted soltero no lo tendría. A mi marido también le pareció conveniente que lo trajese. Bien, ahora vamos a trabajar. ¿Cómo se encuentra la enferma? ¿Está consciente? No, no, así no está cómoda; hay que arreglarle la almohada, poniéndole la cabeza más baja. ¿No sería mejor colocarle un cojín de cuero? Son más frescos. Vaya, si seré descuidada; no pensé en traer uno. Será mejor que vaya a buscarlo. Habrá que encender el fuego, también. ¿Y esas hierbas, las ha recibido el médico? Debe de ser una infusión para el pecho. En seguida enciendo el hornillo.

Procuré calmarla, y al cabo de un momento la buena mujer se sintió algo decepcionada al advertir que tenía menos trabajo del que había supuesto. No se desanimó, sin embargo, y trabó en seguida amistad con Nelly. Mien-

tras la pequeña estuvo enferma, me resultó de gran ayuda, viniendo casi todos los días a verla. Llegaba con grandes prisas, y nunca dejaba de advertir que venía por indicación de Felipe Filipitch. Ella y Nelly se cobraron tanto afecto como si fueran hermanas. En bastante cosas, Alejandra Seminiovna era casi tan niña como Nelly. Le contaba anécdotas, haciéndola reír, y dejaba triste a su amiguita cuando se marchaba. En la primera visita la pequeña se sorprendió, y de acuerdo con su modo de ser se encerró en un mutismo receloso y frunció el ceño, disgustada.

— ¿A qué ha venido esa mujer? — inquirió con aire de contrariedad, cuando Alejandra Seminiovna se hubo retirado.

— Quiere ayudarnos. Vino a cuidarte, Nelly.

— No sé por qué. Yo nunca hice nada por ella — replicó, malhumorada.

— La gente que es buena no espera a que les hagan ningún bien para ayudar a quienes lo necesitan. Sí, en el mundo hay personas buenas, Nelly, aunque tú nunca las encontraste, cuando las necesitabas.

La pequeña no contestó, pero cuando me separaba de ella me llamó y débilmente me pidió un vaso de agua. Al llevárselo, me rodeó el cuello con sus bracitos y apoyando la cabeza en mi pecho, permaneció así unos minutos.

Al llegar Alejandra Seminiovna al día siguiente, la niña la acogió con una sonrisa de alegría, por más que aún parecía estar un poco avergonzada.

CAPÍTULO III

Como ya he dicho, ese día pasé la velada en casa de Natacha. Regresé muy tarde, y encontré a Nelly durmiendo, con Alejandra Seminiovna a su lado, aguardándome. En cuanto ésta me vio entrar me contó en voz baja que Nelly se mostró muy contenta al principio, pero que al advertir que yo tardaba demasiado, fue entrisciéndose y poniéndose pensativa. Se quejó de que le dolía la cabeza, y después se echó a llorar.

—Comenzó a hablarme de Natalia Nicolaievna —agregó la mujer de Masloboiev—, y al advertir que yo no podía contarle nada de ella, se calló y siguió sollozando hasta que se durmió. Pero me parece que ahora se encuentra mejor. Bien, tengo que irme, Iván Petrovitch. Mi esposo me dijo que debía volver pronto a casa. Sólo me dio un par de horas para venir aquí, y ya ve el tiempo que he estado. Pero no se enfadará, a menos que... ¡Ah, querido amigo, no sé qué partido tomar con él! Casi siempre regresa bebiendo a casa. Además parece muy ocupado y apenas me habla. Sé que algo le atormenta, pues no lo puede ocultar. Al llegar la noche se emborracha, y por eso me pregunté constantemente, mientras estaba aquí, quién le ayudaría a acostarse, cuando regresara a casa. Por eso me voy en seguida, Iván Petrovitch. Veo que tiene muchos libros. Empecé a leer alguno. Deben de ser muy interesantes. Soy una tonta, al no ser aficionada a leer... Adiós, hasta mañana.

Nelly se despertó al día siguiente con ánimo triste y malhumorado. No quería hablar ni contestar a mis pre-

guntas, como si estuviese disgustada conmigo. Noté que me miraba extrañamente, con dulzura y afecto, aunque lo hacía a hurtadillas. Desde entonces se comportó conmigo de modo muy distinto. Siguió con sus caprichos y excentricidades, y en ocasiones hasta parecía odiarme. Todo ello continuó hasta que dejó de vivir a mi lado, cuando se produjo el desastre que puso fin a nuestra historia.

Pero de todo esto me ocuparé a su debido tiempo.

En algunas ocasiones volvía a mostrarse carirosa conmigo un par de horas. Redoblaba entonces su afecto hacia mí, y, de pronto, se echaba a llorar desconsoladamente. Eso duraba poco, sin embargo, y Nelly volvía a sentirse entristecida, en seguida, mirándome de nuevo con gesto de hostilidad. Al notar que yo me disgustaba con alguna de sus travesuras, lanzaba una breve carcajada y terminaba sollozando.

Llegó a disgustarse en una oportunidad con Alejandra Seminiovna, y le dije que no quería verla más. Yo le recriminé duramente su actitud, y ella me contestó con aspereza. Luego, durante dos días, estuvo sin dirigirme la palabra. No tomaba sus medicinas, ni quería comer. Por fin, sólo el anciano doctor logró aplacarla.

Había entre el galeno y la pequeña, como he dicho anteriormente, una singular corriente de simpatía. Ella le había cobrado gran cariño, y le acogía siempre con una sonrisa alegre, como si no se hubiera sentido triste antes de llegar él.

El doctor venía casi diariamente, y en ocasiones nos visitaba dos veces por día. Cuando Nelly se sintió mucho mejor y comenzó a levantarse, el viejo no dejó de venir, hasta tal punto se había encariñado con la pequeña. Parecía no poder estar mucho tiempo sin escuchar las risas y las bromas de Nelly, que le divertían sobremanera. Le regaló unos cuantos libros de contenido instructivo, y también le compraba a veces unas hermosas cajas de bombones. Cuando el galeno entraba con gesto

solemne, Nelly se daba cuenta de que le traía algo. Él se echaba a reír con aire de complicidad, tomaba asiento al lado de la chiquilla, y aseguraba que si una niña que él conocía seguía portándose bien en su ausencia, entonces merecía una recompensa. Al hablar así la miraba ingenua y bondadosamente, y la pequeña se echaba a reír llena de contento. Por último, el anciano doctor se ponía en pie; ceremoniosamente sacaba del bolsillo el obsequio, casi siempre una caja de bombones, y se la tendía a Nelly, diciendo:

— Un regalo para mi prometida.

Entonces se le notaba aún más dichoso que a la propia Nelly. Después se ponían a hablar los dos, y él le daba consejos para que se cuidara mejor.

— En primer lugar, todos debemos saber conservar nuestra salud — afirmaba —. No sólo para contarnos entre los vivos, sino también para ser dichosos en la vida. Cuando tengas penas, trata de no pensar en ellas. Olvídalas. Si nada te aflige, procura no pensar en cosas desagradables, sino en lo que te dé alegría.

— ¿Y cómo hace una para pensar cosas entretenidas? — inquirió Nelly.

El médico se vio en un apuro.

— Puedes dedicarte a algún juego inocente, adecuado a tus años..., o algo por el estilo.

— Es que no quiero jugar — contestó ella —. Me gustan más los vestidos bonitos.

— Conque vestidos bonitos, ¿eh? Vaya, eso no está muy bien que digamos. En esta vida tenemos que contentarnos con lo que nos ha sido dado. De todos modos, quizás no sea muy malo que a una chiquilla como tú le guste la ropa bonita.

— ¿Me va a regalar muchos vestidos cuando estamos casados? — preguntó Nelly.

— ¡Vaya ocurrencias! — dijo el galeno, arrugando el entrecejo, y la niña, olvidándose de que estaba enfadada conmigo, me miró con picardía.

— Bueno — prosiguió él —, te comprará un vestido, pero siempre que te portes como es debido.

— Entonces, me hará tomar la medicina todos los días, ¿verdad?

— Tal vez ya no la necesites — repuso él, sonriendo.

Nelly terminaba la charla entre alegres risas, y el anciano se unía a sus carcajadas, lleno de gozo. Después se volvía hacia mí y me decía:

— Posee un carácter muy jovial. Sin embargo, aún sigue siendo caprichosa y excitable.

Tenía razón el anciano doctor. No alcanzaba yo a comprender lo que le sucedía a Nelly, que apenas me hablaba, como si la hubiese ofendido en algo. En una oportunidad también yo me puse serio y no le hablé en todo el día. A la mañana siguiente me remordió la conciencia, pues la pequeña lloraba desconsoladamente, y no podía hacer nada para aplacarla.

Por fin, un día rompió su obcecado mutismo. Al volver a casa, al atardecer, advirtí que escondía rápidamente un libro debajo de la almohada. Se trataba de mi novela, que había cogido de la mesa mientras yo estaba ausente, y la estaba leyendo. Ella dio muestras de estar avergonzada, y yo hice como que no había visto nada. Durante un momento en que salí de la habitación, ella salió de la cama y se apresuró a colocar la novela en su lugar. Algo después se dirigió a mí con tono emocionado, tras cuatro días de no haberme hablado.

— ¿Va a ir hoy a casa de Natacha? — inquirió con voz vacilante.

— Sí, Nelly, es necesario que la vea.

— La quiere mucho... ¿verdad?

— Así es, Nelly.

— También yo la quiero — aseguró, y tras una tímida pausa agregó en voz baja —: me gustaría ir a verla y quedarme a vivir en su casa.

— ¿No te encuentras bien aquí? — dije lleno de asombro —. No puedes vivir con ella.

Nelly enrojeció y repuso:

— ¿Por qué no? Usted quería que fuera a vivir con sus padres. ¿Tiene criada, Natacha?

— Sí.

— Bueno, puede decirle que se marche, y tomarme a mí en su lugar. No le cobraré nada, y haré todo lo de la casa. También la querré mucho. Puede decírselo hoy, cuando vaya a verla.

— ¿Cómo se te ha ocurrido eso, pequeña? Bien se ve que no la conoces. Si te aceptara, sería para tenerte como a una hermana menor.

— No, no quiero que me tenga por una hermana. No es lo que yo deseo.

— Bueno, ¿y por qué?

No me contestó. Le temblaban los labios y estaba a punto de llorar.

— Ese hombre al que ella quiere se irá y la dejará sola, ¿no es cierto? — inquirió poco después.

Lleno de extrañeza le pregunté:

— ¿Cómo sabes eso, Nelly?

— Usted me dijo algo. Y además, cuando vino ayer el marido de Alejandra Seminiovna, se lo pregunté y me contó todo lo que pasa.

— ¿Cómo es eso? ¿Estuvo Maslobóiev aquí, hace poco?

— Sí — repuso ella, mirando al suelo.

— Pero tú no me lo dijiste.

— Es que...

Dejó de hablar, como si reflexionase. Yo me pregunté qué objeto tendrían las visitas misteriosas de mi amigo. ¿Qué andaría buscando?

— ¿Acaso te importa que él la deje? — pregunté en seguida a la chiquilla.

— No mucho. Pero como usted la quiere, si el otro la deja, Natacha podrá casarse con usted.

— Pero es que ella no me quiere a mí como yo a ella, Nelly. No, eso no puede ser.

— Yo sería la criada de ustedes dos, y estarían muy

contentos. Vivirían felices —agregó con voz casi imperceptible, sin alzar la mirada.

«¿Qué le ocurrirá a esta pequeña?», pensé, realmente asombrado.

De nuevo se había encerrado en un terco mutismo. Al disponerme a marchar, comenzó a sollozar y las lágrimas le duraron toda la noche, según me contó Alejandra Seminiovna. Todavía llorando se durmió, y entre sueños parecía murmurar, como si estuviera delirando.

Desde esa noche se volvió más hurafía, y apenas si me dirigía la palabra. Sin embargo, en dos o tres oportunidades noté que me miraba de reojo, con gran ternura; pero fue algo fugaz, como un impulso irresistible. Luego, como arrepentida de su vehemencia, obraba aún más hosamente. El mismo médico estaba francamente desconcertado con aquel cambio de la pequeña que no alcanzaba a comprender.

Como ya estaba casi recuperada por completo, el doctor le permitió que saliera a tomar el aire. Hacía unos días espléndidos y nos hallábamos en Semana Santa, ya muy entrada la primavera.

En una de esas hermosas mañanas salí de casa para ir a ver a Natacha, como le había prometido. Al volver pensaba llevar a pasear a Nelly.

Al regresar a casa, me esperaba un acontecimiento que me causaría profunda impresión. Vi la llave en la puerta, y extrañado, entré en el salón. Al no ver a nadie por allí, sentí que las piernas me temblaban perceptiblemente. Encima de la mesa vi una hoja de papel, y corrí a cogerla.

En ella, con letra grande, irregular, había escritas estas palabras:

«Me voy de esta casa para no regresar jamás. Pero le quiero mucho. Su fiel,

»Nelly.»

Sin poder evitar un grito de angustia, eché a correr escaleras abajo.

CAPÍTULO IV

Cuando llegué al portal, sin haber pensado siquiera en el partido que debía tomar, vi que se detenía ante la casa un coche de punto, y que de él descendía Alejandra Seminiovna, que llevaba de la mano a la pequeña Nelly, a la que aferraba con fuerza, como si tuviera miedo de que se le volviese a escapar. Me acerqué a ellas y dije:

— ¿Qué ha ocurrido, Nelly? ¿Adónde te has marchado, y por qué lo hiciste?

— No se inquiete — me interrumpió Alejandra Seminiovna —. Vamos arriba y lo sabrá todo.

Ascendíamos por la escalera, cuando ella me murmuró al oído, furtivamente:

— No va a creer lo que voy a contarle, Iván Petrovitch; pero ahora le diré lo que pasa.

Una vez dentro del piso, Alejandra Seminiovna se volvió hacia la niña y le dijo:

— Nelly, te noto muy cansada. Será mejor que te acuestes. No está bien, eso de salir por ahí, con lo mal que has estado. Para que duermas mejor, nos marcharemos de aquí.

Al decir esto, la mujer me hizo unas señas, como para indicarme que pasáramos a la cocina.

Nelly, sin embargo, no quiso acostarse, sino que sentándose en el diván, se quedó quieta, escondiendo el rostro entre las manos.

Cuando estuvimos en la cocina, Alejandra Seminiov-

na me explicó muy excitada lo que había pasado. Esto fue lo que me dijo:

Una vez que me escribió aquella nota, luego de haberme dejado hecha la comida, Nelly se fue primero a casa del médico, del que había conseguido la dirección. El anciano me contó después la enorme sorpresa que le había producido ver a la chiquilla.

— Aún no puedo creerlo — me dijo el buen galeno, al iniciar luego su relato.

No obstante, era totalmente cierto que Nelly había ido a su casa. Se encontraba el médico en ese momento en su despacho, tomando café, cuando Nelly entró en la habitación corriendo, y se abrazó a él sin darle tiempo a que reaccionase. Mientras le besaba las manos y se las llenaba de lágrimas, le rogó encarecidamente que la dejase quedarse en aquella casa. Dijo que no quería ni le era posible seguir viviendo conmigo. Eso la había impulsado a fugarse. Aseguró al médico que no le gastaría bromas, ni le pediría vestidos. Le lavaría y cosería la ropa, sería muy obediente y tomaría todas las medicinas que él le mandase. Añadió que lo de casarse con él había sido una broma y que no lo dijo seriamente. El viejo galeno estaba tan asombrado, que, con la mano en alto, había dejado consumir por completo su cigarrillo, del que se había olvidado.

— Escúchame, chiquilla — declaró al fin, cuando se hubo repuesto de su asombro —. Creo entender que lo que deseas es quedarte en mi casa. Como puedes ver, eso no es posible, ya que no tengo espacio suficiente. Tampoco gano mucho, y por si fuera poco, estos asuntos deben ser meditados seriamente. Me parece que te has fugado de tu casa, lo que no está nada bien. Únicamente te había dado permiso para dar un breve paseo cuando hiciese buen tiempo, pero, además, deberías ir acompañada por tu bienhechor. En cambio, tú le dejas y te vienes aquí, como si no te importase tu salud. Te aseguro que no lo entiendo.

Ya antes de que el galeno hubiese concluido de hablar, Nelly estaba llorando y suplicándole que la dejase quedar. Pero no logró nada.

— Me pasé todo el día enfermo — aseguró el médico, al terminar su historia —. Para poder dormir, esa noche tuve que tomarme un calmante.

Entonces Nelly se fue corriendo a casa de los Maslóboiev, de los que también tenía la dirección. Le costó bastante trabajo encontrar la casa. Los dos se hallaban en ella, y Alejandra Seminovna se alteró mucho cuando Nelly les pidió que la dejasen quedarse. Al preguntarle si no estaba contenta en mi casa, la chiquilla se dejó caer en un sillón, llorando sentidamente.

— Tanto lloraba, que temí que le diera un ataque — dijo Alejandra Seminovna.

Suplicó la pequeña que la tomaran como criada o como cocinera. Aseguró que sabía barrer, y que aprendería a lavar la ropa. Esto último le parecía un argumento que le ganaría el favor del matrimonio.

Alejandra Seminovna la tenía estrechamente abrazada y la besaba cariñosamente. Ante tales muestras de afecto, la niña redobló su llanto, obligando a la mujer a deshacerse también en un mar de lágrimas. Pero Maslóboiev no quiso que la niña siguiera más tiempo fuera de mi casa, y ordenó a su esposa que trajera hasta aquí a la pequeña fugitiva.

— ¿Por qué no deseas continuar en su casa? — preguntó la mujer a Nelly —. ¿Acaso te maltrata?

— No, es bueno conmigo.

— Entonces, ¿qué ocurre?

— No quiero vivir en su casa. He sido mala con él, y en cambio él siempre se ha portado bien conmigo. Déjenme vivir con ustedes, y verán como sé trabajar.

De nuevo la pequeña se sumió en una crisis de histéricismo.

— ¿Cómo puedes portarte tan mal con él, Nelly?

— Es que...

No dijó más.

— Es lo único que conseguí que dijera, Iván Petrovitch —me explicó Alejandra Seminovna, al tiempo que se secaba las lágrimas—. ¿A qué se deberá su desesperación? ¿Seguirá enferma? ¿Qué le parece a usted?

Regresamos a la habitación, y vimos que Nelly estaba acostada, sollozando con el rostro hundido en la almohada. Me arrodillé a su lado, cogí sus manos entre las mías, y me disponía a besárselas, cuando ella las retiró con brusquedad y comenzó a llorar aún más fuerte. Yo estaba perplejo. Justamente en ese instante llegó Ikmeniev.

— Buenos días, Vania —me dijo, como saludo—. Quería verte para hablar contigo de un asunto importante.

Nos observó a Nelly y a mí, y no disimuló su sorpresa al comprobar que me encontraba de rodillas junto a la pequeña. Noté que el anciano estaba desmejorado. Tenía el rostro demacrado y pálido, pero sin querer dar ninguna importancia a su enfermedad, y desoyendo los ruegos de su mujer, se había levantado de la cama para ocuparse de sus asuntos.

— Adiós, Iván Petrovitch —dijo Alejandra Seminovna—. Mi marido me ha pedido que regrese a casa en cuanto pueda. Pero volveré aquí por la noche y me quedaré un par de horas.

Cuando la mujer se hubo marchado, el anciano me preguntó:

— ¿Quién es?

Le expliqué que se trataba de Alejandra Seminovna, y él dijo:

— Ah, ya. Bien, vamos a nuestro asunto, Vania.

Creía yo saber cuál era su problema, hasta tal punto que había esperado en cualquier momento la llegada de Ikmeniev. Quería hablar con la pequeña y conmigo para ver si lograba llevársela a su casa. Ana Andrievna había aceptado al fin la idea de tener a la huerfanita con ellos. Logré convencerla explicándole que se trataba de una

niña cuya madre también había sido repudiada por un padre inflexible. Actualmente era la propia Ana Andreievna la que pedía a su marido que adoptase a la chiquilla. El anciano accedió complacido. Quería hacer feliz a su mujer, pero también tenía una idea propia. Ya trataremos de esto más adelante.

Como he dicho antes, Ikmeniev no le fue simpático a Nelly, cuando ésta le conoció. Más tarde advertí que el rostro de la chiquilla expresaba verdadero odio cuando se pronunciaba el nombre del anciano.

El mismo Ikmeniev planteó la cuestión sin rodeos. Acercóse a Nelly, que seguía con la cara escondida en la almohada, y cogiéndole una mano le dijo si deseaba ir a la casa de ellos, donde la tratarían como a una hija.

— También yo tenía una hija, y la quise más que a mí mismo — afirmó —. Pero ya no está con nosotros, ha muerto. ¿Quieres ocupar su sitio, en mi casa... en mi corazón? — terminó diciendo el viejo Ikmeniev.

— ¡No quiero ir a su casa! — contestó la niña, sin cambiar de postura.

— Pero, hija mía, ¿por qué no quieres? Estás sola en el mundo y Vania no podrá seguir teniéndote a su lado. En mi casa tendrás un hogar.

— ¡No quiero, no quiero! — gritó la niña, mirándole desafiante, al fin —. No quiero porque es usted malo. También yo soy mala, la peor del mundo; pero usted es todavía peor que yo.

La chiquilla estaba intensamente pálida, y sus ojos despedían chispas. Los labios comenzaron a temblarle debido a lo intenso de sus emociones. El pobre anciano la miraba lleno de asombro.

— Sí, sí, es usted peor que yo, porque no es capaz de perdonar a su hija, porque prefiere olvidarla del todo y adoptar a otra. ¿Acaso se puede abandonar a una hija? Cuando me mirase, recordaría que no tengo nada que

ver con usted. Es un hombre cruel, y yo no quiero vivir con personas como usted. ¡No le quiero!

La niña me miró brevemente, con las mejillas enrojecidas, y añadió:

— Pasado mañana es la Pascua de Resurrección, y entonces todos se abrazan, se perdonan y se reconcilian. Sólo usted no lo hará, porque no tiene entrañas, porque es malo. ¡Váyase! ¡Váyase de aquí!

Por sus mejillas corrían abundantes lágrimas. Seguramente había pensado algunas de aquellas frases para contestar a Ikmeniev, si le proponía llevarla a su casa. El anciano parecía muy afectado.

— ¿Por qué se preocupa tanto todo el mundo de mí? ¡Déjenme! ¡Iré a pedir limosna!

— Tranquilízate, Nelly. ¿Qué te ocurre? — le pregunté inquieto.

Mis palabras parecieron exaltarla todavía más, y respondió ásperamente:

— Es preferible ir a mendigar por las calles. No quiero seguir en esta casa. También mi madre pidió limosna, y me dijo al morir: «No tengas miedo a ser pobre, a mendigar, antes que...»

La niña comenzó a sollozar.

— Pedir limosna no es una vergüenza — agregó —. No se pide a uno solo, sino a todo el que pasa por la calle. «Lo que debe dar vergüenza es pedir a uno solo, pero no a todos.» Así me dijo una anciana pordiosera que conocí. No tengo a nadie, y me iré a mendigar a la calle. Además, soy mala, muy mala. Fíjense lo mala que soy.

Y así diciendo, se apoderó de una taza que había encima de la mesa y la estrelló contra el suelo. Con voz desafiante exclamó después:

— ¡La he roto! Sólo había dos tazas, y he roto una. Pero también romperé la otra. Entonces no podrán tomar el té.

Parecía haber perdido el juicio, y hasta hallar un placer especial en su propia furia. Diriase que comprendía

día lo perverso de sus actos, y que a pesar de todo sentía necesidad de realizar alguna nueva travesura.

— Esta chiquilla está enferma — me dijo Ikmeniev —. De todos modos, no alcanzo a entenderla. Adiós, Vania.

Me estrechó la mano y cogió su gorra con aire abatido. La pequeña le había causado una profunda herida en el corazón. Yo me sentía iracundo.

— ¿No te avergüenzas de haber sido tan cruel con él? — le pregunté, cuando Ikmeniev se hubo marchado —. Está muy mal hacer lo que tú has hecho. Sí, creo que tienes razón cuando dices que eres muy mala.

Llevado por un impulso, eché a correr para alcanzar al anciano. Deseaba acompañarle al menos hasta el portal y decirle unas pocas frases de consuelo. Cuando descendía la escalera, todavía me parecía ver el rostro de Nelly, pálido y macilento.

No tardé en dar alcance a mi amigo.

— Pobre chiquilla — me dijo con triste sonrisa —. Tiene el alma destrozada, y tuve la ocurrencia de contarte mis penas. Con eso he abierto más sus heridas. Bueno, Vania, creo que ella y yo jamás nos entenderíamos.

Procuré hablar de otro asunto, pero él alzó una mano con profundo desaliento y declaró:

— No trates de consolarme. Antes debes procurar que esa niña no huya de tu casa, que es lo que pretendo.

Luego se marchó rápidamente, golpeando las losas de la acera con su bastón.

Ikmeniev ignoraba seguramente que en cierto modo era profético. No voy a describir el profundo estupor que sentí cuando al regresar a casa vi que Nelly había desaparecido.

Salí de nuevo al rellano y miré por la escalera. La llamé a veces y pregunté a los vecinos si la habían visto. Me parecía imposible que se hubiera marchado de nuevo. Por otra parte, me pregunté cómo pudo haberlo hecho. Como la casa sólo tenía un portal para salir, debió hacerlo necesariamente pasando junto a Ikmeniev y

yo, cuando estábamos hablando. Aunque quizás se escondió en la escalera, y aguardó a que yo subiera a mi piso para huir. Sea como fuere, la chiquilla no podía encontrarse muy lejos.

Preso de una gran angustia comencé a buscarla, pero dejé abierta la puerta del piso por si ella regresaba.

Primeramente fui a casa de Masloboiev, pero no los encontré, ya que habían salido. Les dejé una nota diciéndoles lo que pasaba y pidiéndoles que me avisaran si Nelly llegaba a pasar por allí. También me presenté en casa del viejo médico, que se hallaba visitando a sus pacientes. La anciana criada me dijo que la pequeña no había estado allí desde la vez anterior.

Totalmente desorientado, sin saber qué hacer, me dirigí a casa de la Bubnova. La mujer del fabricante de ataúdes me informó que la dueña de la casa se encontraba detenida en el cuartel de policía, y que la niña no había vuelto por allí desde que se marchó de la casa.

Terriblemente cansado, regresé a casa de los Masloboiev. Pero advertí que aún no habían vuelto, y que la nota seguía sobre la mesa. Nelly tampoco se encontraba allí.

Estaba desesperado. Se había hecho de noche, y decidí volver a mi casa. Aún debía ir a la de Natacha. En toda la jornada no probé nada, pues la angustia me lo había impedido. Caminé apresuradamente.

¿Dónde podía yo encontrarla? ¿Dónde buscarla? ¿Estaría enferma?

No bien acababa de pensar esto, cuando la vi a pocos pasos de distancia, junto a un farol del puente de V. Ella no me había visto, y yo corrí para hablarle, pero me contuve. ¿Qué podía estar haciendo en aquel lugar? Tenía la seguridad de que esta vez no se me escaparía, y resolví ver lo que hacía. Transcurrieron unos diez minutos, y ella seguía mirando a los transeúntes. De pronto pasó junto al farol un anciano de aire digno, y ella se

le aproximó. Sin pararse, el viejo extrajo algo del bolsillo y se lo entregó a Nelly, que le sonrió levemente.

No podría explicar lo que pensé en esos instantes. Allí estaba una persona a la que yo quería con todo mi corazón, y que voluntariamente se arrastraba por el cieno. Rompí a llorar; lo hacía por Nelly, aunque al mismo tiempo, mis lágrimas eran de indignación, ante su forma de proceder. Me dije que la chiquilla no solicitaba limosna porque lo necesitara; no se escapaba de gentes que la explatasen o maltratasen, sino que huía de alguien que la quería profundamente, de una casa en que se la había tratado con infinito afecto y consideración. Se diría que trataba de echarnos algo en cara, con su proceder.

Indudablemente, algún misterio se ocultaba en su alma. Ikmeniev tenía razón: su corazón estaba herido y no curaría nunca, puesto que ella misma se complacía recelando y desconfiando de todos los que la rodeaban. Daba la sensación de gozar con su sufrimiento, y yo comprendía su necesidad de avivar ese tormento. Así obraban también numerosos humillados y ofendidos que comprenden lo injusto de su sino. Sin embargo, de nada podía culparnos Nelly a nosotros. Daba la impresión de querer alarmarnos con sus excentricidades, con sus caprichos. Pero no, eso no era posible, puesto que en ese momento se encontraba sola y nadie de nosotros podía saber lo que hacía. En consecuencia, no podía hallar en ello una satisfacción. Entonces, ¿por qué mendigaba? ¿Para qué era el dinero?

Transcurrido un momento abandonó el farol y se aproximó a un escaparate iluminado, ante el cual contó el dinero. La seguí a prudente distancia, fijándome en todo lo que hacía. Tenía una mano llena de monedas, pues seguramente estuvo pidiendo limosna desde que se fue de casa.

Luego cruzó la calle y entró en una tienda. Me aproximé a la puerta y desde allí observé lo que estaba ha-

ciendo. Dejó algún dinero sobre el mostrador, y el comerciante le sacó una taza, parecida a la que había roto poco antes, ante Ikmeniev y yo. La taza era barata, y no costaría mucho más de quince copecs.

El tendero procedió a envolverla con un papel, ató el paquete y se lo dio a Nelly, que salió de la tienda con el semblante lleno de gozo.

Al hallarse a mi lado, como aún no me había visto, le grité:

— ¡Nelly!

Me miró llena de asombro, y al hacer un movimiento involuntario de sorpresa, dejó caer la taza, que se hizo añicos contra la acera. La niña tenía las mejillas encendidas, pues comprendió que yo lo había presenciado todo. La cogí por una mano y la llevé a casa, sin decirle una sola palabra mientras duró el trayecto.

Cuando estuvimos en casa tomé asiento mientras ella, agitada y muy pálida, se quedaba con la cabeza gacha, mirando al suelo, de pie a mi lado.

— De modo que has ido a pedir limosna, ¿verdad, Nelly? — le pregunté.

— Sí — respondió con voz casi imperceptible y sin alzar la vista.

— ¿Querías juntar dinero para una taza como la que rompiste?

— Sí.

— ¿Es que te reñí o te reproché algo? Nelly, no sabes lo mal que estás obrando. Y hasta parece que estás contenta, actuando de esa forma. ¿No te avergüenzas?

— Me da mucha vergüenza — dijo con un hilo de voz, mientras las lágrimas resbalaban por sus mejillas.

— Está bien; lo comprendo. Y ahora, querida pequeña, sólo te pido que si te he ofendido en algo, si te he causado algún dolor, me perdonas y hagamos las paces.

Me miró llena de asombro, y se arrojó luego a mis brazos, llorando sin consuelo.

En ese momento entró Alejandra Seminiovna, exclamando a viva voz:

— ¡Nelly! ¿Ya has vuelto? ¡Ah, pequeña, no sé por qué haces esas cosas! Y menos mal que has vuelto pronto. ¿Dónde se había metido, Iván Petrovitch?

Le hice un ademán disimulado para que dejara sus preguntas para otro rato, y le pedí que se quedara con la pequeña hasta que yo volviera de casa de Natacha. Luego me despedí de Nelly, que aún seguía llorando, y salí a la calle. Avancé rápidamente, ya que iba atrasado.

Era mucho lo que Natacha y yo teníamos que contarnos. Comencé por explicarle cuanto había ocurrido ese mismo día. Ella se mostró sumamente sorprendida, y después de pensar un momento manifestó:

— A mi modo de ver, Vania, esa pequeña se ha enamorado de ti.

La miré estupefacto y repuse:

— ¿Cómo? ¿Qué estás diciendo?

— Lo que oyes. Es el comienzo de un amor apasionado, de mujer.

— Eso es ridículo. Nelly es apenas una niña.

— No tardará en cumplir los catorce años, y le desespera que no la entiendas. Aunque quizás ella misma no se comprende. Su disgusto es pueril, pero no por ello deja de ser menos dolorosa su pena. Además, tiene celos de mí, pues sabe que me quieras, y en su presencia estoy segura de que casi siempre aludes a lo que pienso y hago, mientras que a ella no le dedicas una verdadera atención.

»Seguramente la pequeña tiene necesidad de abrirté su corazón, de ser sincera contigo. Como no sabe la forma de hacerlo, aguarda siempre la oportunidad propicia. Y en vez de facilitarle sus deseos, tú te marchas, la dejas sola casi todo el día, la abandonas para venir junto a mí, cuando ella se encuentra enferma. Ésa es la razón de su pena. Le faltas tú, y no aciertas a darte cuenta de ello. Ni siquiera ahora le consientes que ven-

ga a vistarme. ¿Cómo puedes obrar de esa forma? Seguramente mañana empeorará. Anda, será mejor que regreses cuanto antes a su lado.

— No me hubiese marchado de allí, pero...

— Sí, ya sé que yo te había llamado. De todos modos, es preferible que te vayas ahora.

— Bien, me marcho, pero a mi modo de ver, no estás en lo cierto.

— ¿Te parece imposible? Repasa un poco la historia de la chiquilla, los hechos principales, y tu opinión cambiará en seguida. Ten en cuenta que su niñez ha sido sumamente triste, mucho peor que la nuestra.

Ya era bastante tarde cuando volví a casa. Alejandra Seminiovna me explicó que Nelly estuvo llorando todo el tiempo, como en la ocasión anterior.

— En este momento se encuentra dormida — dije. — Yo debo regresar a casa. Mi pobre marido estará solo, esperándome ya.

Le agradecí su preocupación y me acerqué a la cama donde estaba durmiendo la niña. Tomé asiento junto a la cabecera.

En el alma sentía un vivo dolor, recordando cómo la había dejado sola cuando más me necesitaba. Permanecí abstraído en mis pensamientos durante toda la noche, y sólo me dormí al amanecer. Aún recuerdo con pesar aquellos días aciagos.

Pero considero imprescindible relatar lo acontecido durante las dos últimas semanas.

CAPÍTULO V

Después de la velada que pasé con el príncipe, en el restaurante, y que no olvidaré con facilidad, mi inquietud sobre la suerte que podía correr Natacha aumentó notablemente. Me pregunté qué pensaría hacer aquel condenado príncipe, y la forma en que podía vengarse de ella. Estaba desconcertado, ya que tenía la seguridad de que las amenazas del aristócrata no eran simples bravatas. Mientras Natacha siguiera en relaciones con Aliocha, correría el riesgo de sufrir graves daños.

Una y otra vez me repetía yo que el príncipe era un vil personaje, vengativo y astuto. Indudablemente, no olvidaría una ofensa que se le hubiese inferido, y aguardaría la ocasión de vengarse.

Cuando él se refirió a esto, habló claramente de cierto aspecto: era imprescindible que Aliocha y Natacha rompiesen sus relaciones, y yo debía preparar a esta última a fin de que no se produjeran escenas desagradables. Ante todo, Aliocha tenía que seguir convencido de que el príncipe era un padre cariñoso, lo cual era fundamental para poder hacerse con la fortuna de Catalina Fiodorovna.

Mientras tanto, había observado un profundo cambio en Natacha. En lugar de mostrarse confiada conmigo, como antes, me observaba con recelo. Cuando trataba de consolarla, ella se irritaba, y mis preguntas la ponían fuera de sí. Me quedaba observando su ir y venir por la estancia, con aire pensativo y ausente, casi ajena a mi presencia. De vez en cuando, al tropezar su mirada con-

migo, lo que ocurría pocas veces, en su rostro aparecía un gesto de cólera mal contenida, y miraba rápidamente hacia otra parte. Yo me daba cuenta de que estaba intentando hacer un nuevo plan de vida, una vez que se produjera la inminente ruptura, lo cual me causaba una honda angustia. Tenía la seguridad de que iba a abandonar a Aliocha, pero la aflicción que demostraba me producía un intenso dolor. En ocasiones no osaba consolarla siquiera, y me limitaba a aguardar lo que pudiera ocurrir.

En cuanto a su comportamiento frío y altivo conmigo, sin duda me mortificaba, aunque no llegaba a preocuparme demasiado. Comprendía perfectamente lo que estaba padeciendo y la soledad en que se encontraba. Todo lo que se hacía por ella no contribuía más que a aumentar su despecho y animosidad. En estas situaciones es cuando la intervención de los amigos más íntimos produce un mayor disgusto. De todos modos, tenía la absoluta certeza de que al fin Natacha vendría a mí y buscaría el consuelo a mi lado.

Nada le había contado acerca de lo que hablábamos el príncipe y yo, para no disgustarla más de lo que ya estaba. Le manifesté sencillamente que estuve en casa de la condesa y le expresé mi certeza absoluta de que el príncipe era un verdadero truhán. No quiso saber la razón de estas palabras mías, afortunadamente, lo cual me satisfizo. De todos modos, me preguntó qué me había dicho Katia. Le relaté brevemente su conversación, y no dije nada, pero noté que se sonrojaba. Le relaté la buena impresión que me produjo la joven, pues habiéndolo adivinado Natacha, el callármelo no hubiera hecho más que enfadirla todavía más. Sin aguardar sus preguntas le expliqué todo detalladamente. Comprendía yo, además, que en su estado hubiera sufrido mucho al tener que hacerme preguntas acerca de su rival.

Tenía yo la seguridad de que Natacha no sabía nada acerca del viaje que iban a hacer la condesa y su hija

con Aliocha, y me devané los sesos imaginando el medio más adecuado de hacérselo saber. Grande fue mi estupefacción cuando, al empezar a decírselo, me interrumpió declarando que sabía lo del viaje de Aliocha desde hacía varios días.

— ¿Cómo? ¿Quién te lo dijo? — pregunté.

— Fue Aliocha.

— ¿El mismo?

— En efecto, y ya estoy resignada a lo que pueda ocurrir — me dijo, y con gesto impaciente me dio a entender que no deseaba hablar más de aquello.

Ahora Aliocha la visitaba con frecuencia, aunque sólo permanecía a su lado un momento. En una oportunidad se quedó varias horas, lo cual sucedió cuando yo no estaba con ellos. El joven acostumbraba a llegar con gesto de pesadumbre, observando a Natacha tímidamente. Ella, sin embargo, le demostraba tanto cariño, que Aliocha dejaba a un lado sus pesares y se mostraba infinitamente gozoso.

A mí también me visitaba a menudo, casi todos los días, en realidad. Yo le veía francamente amargado, y sin duda la pesadumbre que le embargaba, y el deseo de no estar solo, era lo que le hacía venir a verme.

Sin embargo, yo no podía ofrecerle ningún consuelo, y por ello me acusaba de indiferente y frío, y hasta de ser hostil hacia él.

Justamente cuando Natacha me anunció que sabía lo del viaje de Aliocha, al cabo de una semana de mi conversación con el príncipe, el joven apareció por casa francamente entristecido, me abrazó con fuerza y se puso a sollozar. En silencio, aguardaba yo lo que fuera a decirme.

— Confieso que soy un desalmado, un villano — me dijo, al fin —. Te ruego que me salves de mí mismo, Vania. No pienses que lloro por mi infamia, por mi vileza, sino porque soy el culpable de la desdicha de Natacha, porque voy a causarle su infelicidad. Amigo Vania, de-

cide en mi lugar, y dime a quién amo más, si a Natacha o a Katia.

— Nadie mejor que tú mismo puede saberlo — repuse —. Es un asunto tuyo...

— No, nada de eso. No hago más que hacerme esa pregunta y no logro contestarme. Tú eres capaz de juzgar con más propiedad que yo. ¿Qué te parece?

— Pues a mi entender a quien más amas es a Katia.

— Puede ser cierto. Pero... no, no. Creo que te engañas. Quiero a Natacha con todo mi corazón, y por nada del mundo puedo dejarla. Se lo dije a Katia, y ella también está de acuerdo conmigo. ¿Te sonríes? No, Vania, en un momento tan triste para mí, veo que no deseas proporcionarme consuelo.

Sin agregar una palabra, se marchó, o más bien huyó de casa. Nelly, que se encontraba enferma, en cama, se mostró muy impresionada por la conversación que habíamos sostenido. En el curso de sus visitas, Aliocha nunca le había hablado. Casi daba la impresión de no darse cuenta de que ella se encontraba en casa.

Un par de horas más tarde, Aliocha regresó a mi casa. Me abrazó efusivamente y dijo:

— ¡Todo arreglado! Se ha terminado la incertidumbre. En cuanto salí de aquí corrí a casa de Natacha. Estaba muy apenado y no podía pasarme sin ella. Me arrodillé a sus pies, me besó y los dos lloramos. Entonces le confesé abiertamente que amaba más a Katia.

— ¿Qué contestó ella?

— Sólo me acarició y consoló, cuando precisamente soy yo quien le ha hecho esa dolorosa confidencia. Entre sollozos le he relatado mi desdicha. Le dije francamente que amo a Katia, y que no obstante, me resulta imposible vivir sin ella. Es del todo cierto, Vania, no podría seguir viviendo, si me faltara Natacha. Es algo que presiento. Por lo tanto, hemos decidido casarnos inmediatamente. Como no podemos hacerlo antes de mi marcha, ya que estamos en Cuaresma y no habría quien

nos casara, resolvimos aplazarlo para cuando yo vuelva, en los primeros días de junio. Indudablemente, mi padre accederá a que nos casemos. En cuanto a Katia... es una pena, pero no puedo seguir separado de Natacha. Una vez que estemos casados, nos reuniremos con Katia.

Durante unos días Aliocha se mantuvo tranquilo. Iba a ver a Natacha porque no era capaz de aguantar solo la pesadumbre.

Al llegar el momento de su viaje, de nuevo se sintió inquieto, y quiso verme para hacerme partícipe de sus pesares. También me confesó que su cariño hacia Natacha iba en aumento y que estaba seguro de no poder dejarla más que unas pocas semanas, pasadas las cuales celebrarían la boda. Natacha se daba perfecta cuenta de que todo estaba decidido, y de que Aliocha no volvería más a su lado.

Cuando llegó el día de la marcha del joven, Natacha estaba enferma, con los labios ressecos y la mirada febril. En algunos momentos hablaba sola y luego me miraba fijamente, pero nunca respondía a las preguntas que yo le hacía. De pronto llegó Aliocha hablando en voz alta, y al oírle Natacha se puso a temblar. Sin poder dominar su emoción, salió a recibirle, le abrazó con ansiedad, y dándole un beso echóse a reír, forzadamente.

Preguntó Aliocha por su salud y procuró consolarla asegurando que la separación sería muy breve. En cuanto regresara, sería la boda. Natacha procuraba no dejarse ganar por la emoción, y contenía a duras penas las lágrimas. Aliocha manifestó que su padre le había prometido una buena suma para el viaje, y que le aseguró que él se cuidaría de Natacha durante el viaje.

La joven arrugó el entrecejo al oír esto. Luego, cuando de nuevo estuvimos solos, le dije que tenía ciento cincuenta rublos, para que hiciese frente a cualquier contingencia. No me hizo pregunta alguna respecto a la procedencia de ese dinero. Se produjeron todos estos acontecimientos un par de días antes de que Aliocha se

marchara, y la noche antes de la única entrevista que tuvo lugar entre Natacha y Katia. Ésta había enviado una nota a Aliocha pidiéndole permiso para ir a visitarla. También a mí me escribió, y me suplicaba que estuviera presente durante la conversación.

Aunque tenía mucho que hacer, decidí encontrarme allí a las doce, que era la hora que fijaba para el encuentro. Yo me veía con mayor cúmulo de obligaciones cada día. Además de la carga de Nelly, los Ikmeniev me tenían muy ocupado hacia más de una semana.

Recibí una mañana un recado de Ana Andreievna rogándome que fuese cuanto antes a verla, pues debía tratar conmigo una cuestión de verdadera importancia, que no podía retrasar un solo momento. La encontré más trastornada que de costumbre, y parecía aguardar llena de ansiedad el regreso de su marido. Aunque tenía mucho que hacer, estuve bastante tiempo sin decirme la razón de su urgente mensaje. Comenzó lamentándose por lo abandonados que los tenía en medio de su desgracia, y me explicó que su marido se encontraba increíblemente nervioso desde hacía unos tres días.

— Ya casi no le reconozco. De noche tiene fiebre, y de pronto se levanta en silencio, se arrodilla y reza ante el ícono. Sueña en voz alta cuando duerme, y al despertar parece trastornado. Ayer, mientras comíamos me pidió la cuchara, aunque la tenía en la mano. Cuando le pregunto algo, me contesta sobre otro asunto. A cada rato está saliendo de casa para hacer «sus cosas», como él dice. En otras oportunidades afirma que va a ver «a su abogado». Hoy mismo, por la mañana, se encerró en su habitación y dijo que tenía que redactar un documento relacionado con el pleito. No sé qué podrá escribir, cuando no es capaz de darse cuenta de que tiene la cuchara en la mano. Observé por la cerradura, y vi que lloraba mientras escribía. ¿Qué podría estar escribiendo, relativo a nuestra propiedad? Tengo la terrible sospecha de que ésta la hemos perdido para siempre.

»Estaba yo pensando esto, cuando se levantó de la mesa, de improviso, con el semblante demudado, cogió su gorra y al salir me dijo que volvería en seguida. Me puse luego a mirar en la mesa donde trabaja, que está atestada de documentos relativos al pleito. No me deja que toque nada, y hasta me ha prohibido que limpie el polvo de ella. Quise ver lo que había escrito, pues advertí que había colocado el papel debajo de otros. Fíjate lo que encontré, Vania.

La mujer me tendió un papel de carta ilegible, con numerosas tachaduras.

El pobre Ikmeniev escribía a su hija, según podía advertirse desde la primera línea. Comenzaba lleno de ternura y afecto, perdonándola y suplicando que volviera. No era fácil desentrañar el significado del escrito, lleno de tachaduras y borrones. A pesar de todo se advertía que el repentino y noble impulso que le había llevado a coger la pluma dejaba luego paso a otro sentimiento muy diferente. Se notaba entonces al padre amante que llenaba de reconvenções a su hija, acusándola de crueldad, de no haberse preocupado del sufrimiento de sus padres. Luego prodigaba las amenazas, diciendo que la maldeciría por su orgullo, terminando por ordenarle que volviera inmediatamente al hogar de la familia. Únicamente de este modo, si llevaba una existencia ejemplar y humilde, le otorgarían sus padres el perdón.

Mientras se estrujaba las manos delante de mí, Ana Andreievna aguardaba a que le dijera mi parecer. Sinceramente se lo dije; a mi entender el anciano no se sentía con valor para seguir separado de su hija. Era imprescindible una reconciliación entre ambos. De todos modos, sólo las circunstancias lo decidirían. Sin duda el resultado desfavorable del largo juicio fue para el viejo un golpe muy rudo, y por dos razones: quedaba arruinado, en primer lugar, y por otra parte, el príncipe obtenía un triunfo que hería profundamente a Ikmeniev en su amor propio. Al verse tan atribulado, trataba de

buscar un alma que estuviera sufriendo como él, y lógicamente pensaba en la persona a quien más quiso en el mundo, a su hija. Quizá se enteró, además, de que Aliocha estaba dispuesto a abandonarla, por lo que ella quedaría sola y más necesitada que nunca de consuelo. Pero no había logrado vencer su amor propio. Pensó que Natacha no daría el primer paso para reconciliarse.

Seguramente se dijo que ella quizás no pensaría siquiera en los suyos y no desearía que las cosas se arreglasen volviendo al hogar. Por eso seguramente Ikmeniev no había concluido la carta. La situación era muy delicada y podía dar lugar a ofensas más graves aún que las ya recibidas.

Al oírme hablar de aquella forma, la pobre mujer lloraba llena de congoja. Le dije que se hacía tarde y que aún debía ir a casa de Natacha. Entonces me hizo saber que no me había relatado lo peor, y es que se le volcó un tintero sobre la carta de su marido. Lógicamente, temía la reacción de éste, al descubrir que había estado registrando sus papeles. Quizá al ver que nos habíamos enterado de su secreto, Ikmeniev, avergonzado, adoptase una postura más intransigente que antes, y no quisiera perdonar.

La consolé con algunas palabras tranquilizadoras, asegurando que cuando su marido había escrito la misiva, se hallaba tan alterado que no recordaría los detalles y pensaría que fue él el autor del borrón. Cuidadosamente colocamos de nuevo el papel en su sitio, y entonces resolví hablar de Nelly. Dije que la madre de la niña también había sido repudiada por el padre de la primera. Quizá cabría esperar que la historia de la pobre chiquilla llegase a conmover a Ikmeniev y a predisponerle favorablemente respecto a Natacha. Sólo faltaba una ocasión para que el anciano perdonara a su hija, y esta buena predisposición podía provocarla Nelly.

Ana Andreievna seguía con atención mis razonamientos, y cuando concluí noté que su rostro se llenaba

de esperanza. Quiso saber el motivo de que hubiese tardado tanto en decírselo, y demostró gran interés por la niña, asegurando que haría todo lo posible por adoptarla. Sintióse preocupada por su enfermedad, y fue a buscar a la despensa un bote de mermelada para Nelly. Quiso darme cinco rublos, además, por si carecía de dinero para el médico. Me negué a coger lo que me daba y ella se mostró muy afectada. Al fin la calmé pidiéndole la ropa interior y los vestidos usados que pudiera proporcionarme para Nelly. Inmediatamente comenzó a rebuscar en un baúl, y eligió varias prendas para la chiquilla.

Cuando me lo hubo entregado, me despedí de ella y me dirigí a casa de Natacha.

Cuando llegaba ante la puerta del piso de la joven, noté que alguien se encontraba ya allí. El desconocido parecía dispuesto a llamar a la puerta, pero al ver que yo llegaba, vaciló y volviéndose rápidamente se dirigió hacia la escalera. Nos encontramos en el rellano, y lleno de asombro comprobé que se trataba de Ikmeniev. Si bien la escalera estaba envuelta en sombras, vi que al pegarse él a la pared para cederme el paso, enrojecía lleno de vergüenza, al tiempo que me miraba extrañamente.

— ¡Ah, Vania, eres tú! —dijo al fin, lleno de turbación—. Estaba buscando a un individuo... Tengo que hablar con él por lo del pleito... Es un escribano y se ha mudado de casa en estos días. Sin embargo... Creo que no es éste el piso. He debido equivocarme. Hasta pronto, Vania.

Así diciendo echó a correr hacia la calle.

Resolví no contar nada a Natacha acerca de lo que acababa de ocurrir, por lo menos hasta pasado un tiempo. Se hallaba tan inquieta que tal vez hubiera tomado muy a pecho el posible alcance del encuentro. Igualmente me abstuve de ir a casa de los Ikmeniev por tres días, ya que imaginaba al pobre viejo muy avergonzado.

Por fin, cuando fui a verlos, me acogió con aire abatido, pero se limitó a hablarme extensamente de sus cosas.

— ¿Recuerdas cuando nos encontramos la otra vez, en aquella escalera? ¿Cuándo fue? Hará unos tres días, ¿verdad? —me preguntó como sin dar importancia al asunto, pero tratando de no mirarme—. ¿Adónde ibas ese día?

— A casa de un amigo, que vive en el edificio —repuse, obrando como él.

— Fue una verdadera casualidad. Iba buscando la casa del escribano Astafiev, pero resultó que no vivía allí. Bueno, hablando de mi asunto, te diré que el pleito ha sido fallado, y que...

Al hablarme del pleito noté que enrojecía manifiestamente. Luego se marchó.

Al quedarme a solas con Ana Andreievna, le conté lo ocurrido y le pedí que obrase con su marido como de costumbre, sin hacerle alusión alguna ni demostrarle que estaba al tanto de su cambio de parecer.

La anciana se asombró mucho ante la noticia, y al principio no creía lo que le estaba diciendo. Declaró que había estado hablando con su marido de la niña, si bien él no comentó nada al respecto, a pesar de que con anterioridad era el que insistía en que debían recoger a la pequeña. Decidimos que al día siguiente Ana Andreievna hablaría a su marido claramente acerca de esta cuestión. Sin embargo, tanto ella como yo tuvimos mayores preocupaciones ese día.

Durante la mañana siguiente Ikmeniev se entrevistó con el secretario judicial que le llevaba el pleito. Éste le dijo que había hablado con el príncipe, el cual manifestó que aunque se quedaba con la hacienda de Ikmeniev, teniendo en cuenta las actuales circunstancias familiares estaba dispuesto a indemnizar a Nicolás Sergueitch devolviéndole los diez mil rublos. El anciano se presentó iracundo en mi casa. Estaba como enloquecido

y los ojos le relumbraban de ira. Me llamó desde la escalera y me dijo que fuera en seguida a ver al príncipe y que le retara a duelo en su nombre.

Fue tal mi sorpresa que tardé bastante en reaccionar. Procuré tranquilizarle, pero le dominaba la desesperación al extremo de hallarse casi enfermo. Fui rápidamente a la cocina, en busca de un vaso de agua, y cuando volví ya se había marchado.

Al día siguiente estuve en su casa, pero no se encontraba en ella. Su ausencia duró tres días.

Transcurridos éstos nos enteramos de lo que había pasado. Desde mi casa se marchó corriendo a la del príncipe. Como no le encontrase, le dejó una carta manifestando que se había enterado de una proposición suya que para él era una grave ofensa. Por consiguiente le desafiaba a batirse, y si rehusaba, sólo podía esperar que le ofendiese en público.

Era tan grande su alteración que al volver a su casa se acostó, dominado por una fuerte depresión. Estuvo atento con Ana Andreievna, pero casi no contestó a las preguntas que ella le hizo.

A la mañana siguiente recibió una carta, y en cuanto la hubo leído comenzó a vociferar y a llevarse las manos a la cabeza. Ana Andreievna casi sufrió un ataque, a causa del susto, pero su marido cogió el sombrero y el bastón y se marchó rápidamente.

La misiva había sido enviada por el príncipe. Este comunicaba al anciano, seca pero cortésmente, que no estaba obligado a dar cuenta a nadie de sus actos, y que consideraba poco justo el hecho de que por haber perdido un pleito le retase a duelo. Y respecto a la «ofensa en público», era mejor que no obrase de esa forma, pues la carta que contenía esa amenaza quedaría en manos de la autoridad competente, quien tomaría las medidas oportunas para evitar que el hecho se produjese.

Apretando convulsivamente la carta, Ikmeniev se presentó en casa del príncipe, que también en esa ocasión

se encontraba ausente. El criado le notificó que su señor tal vez estuviera en casa del conde N..., e Ikmeniev echó a correr hacia allí, sin pensarlo dos veces. El portero del conde trató de impedir que entrase, y entonces Ikmeniev, fuera de sí, empezó a golpearle con su bastón hasta que lograron reducirle y entregarle a un guardia que le llevó al cuartel de policía más cercano.

El príncipe, que se encontraba en la casa, en efecto, explicó al conde que se trataba del padre de la chica de que ambos habían hablado. El primero había prestado al viejo libertino que era el conde, algunos servicios en sus correrías. Éste echóse a reír y, llevado por el buen humor del momento, se sintió magnánimo y pidió que pusieran al detenido en libertad. De todos modos no le soltaron hasta pasados tres días, y tuvo que enterarse — por instigación del príncipe —, que era a éste a quien debía la libertad.

El anciano llegó a su casa tan irritado como se marcha de ella. Echóse en su cama y permaneció sin moverse durante casi una hora. Al levantarse dijo que maledicía a su hija y le retiraba la bendición paterna para siempre, lo que llenó de horror a su mujer.

Luego Ikmeniev cayó en una profunda postración, y Ana Andreievna tuvo que cuidarle día y noche, poniéndole compresas y hielo en la cabeza. El enfermo deliraba y me quedé con ellos hasta las tres de la madrugada.

Sin embargo, a la mañana siguiente el viejo se levantó y le vi llegar a casa con la intención de llevarse a Nelly y adoptarla, lo cual ya he descrito con anterioridad. La nueva frustración volvió a enfermarle.

Todo esto sucedió el Viernes Santo, justamente cuando Katia y Natacha habían acordado entrevistarse, la víspera de la marcha de Aliocha de San Petersburgo. Estuve presente en ese encuentro, que se llevó a cabo por la mañana, antes de que Ikmeniev se presentara en mi casa a por la chiquilla, y con anterioridad también de que ésta huyera por vez primera.

CAPÍTULO VI

Una hora antes de lo convenido se presentó Aliocha para advertir a Natacha. Yo llegué cuando el coche de Katia se detenía ante la puerta. La joven venía acompañada por la anciana dama de compañía francesa, quien accedió a acompañarla y hasta a permitir que subiera sola a casa de Natacha. Ella la aguardaría en el carro.

Al acercarse, Katia me pidió que avisara a Aliocha. Subí al piso y encontré a éste y a Natacha sumidos en un mar de lágrimas. Al saber Natacha que Katia esperaba en la calle, se secó las lágrimas, y aún temblando por la emoción se acercó a la puerta. Vestía de blanco, con el pelo oscuro peinado liso y recogido sobre la nuca, formando un moño grande. Aquel peinado me gustaba notablemente. Al notar que yo permanecía junto a ella, me pidió que fuera también a recibir a Katia.

Cuando subímos las escaleras, Katia me dijo:

— No sabe cuántos obstáculos he tenido que vencer, para poder venir. Continuamente me espiaban, y necesité quince días para convencer a madame Albert, mi dama de compañía. ¿Cómo no vino a verme? Me fue imposible mandarle una nota, pero por más que lo hubiese hecho, es muy poco lo que puede explicarse en una carta. Créame que necesitaba verle. ¡Cómo me late el corazón en este instante!

— La escalera es muy empinada — repuse yo.

— Bueno, quizá también influya la escalera. ¿Qué le parece a usted? ¿Estará enfadada conmigo Natacha?

— ¿Qué razón tendría para estarlo?

— Sí, claro, no tiene motivos. Pero quería preguntárselo. De todas formas, ahora lo comprobaremos.

Se cogió de mi brazo y al hacerlo noté que estaba pálida y atemorizada. Cuando llegamos al último tramo nos detuvimos a tomar aliento y me dijo en voz baja:

— La saludaré despreocupadamente y le diré que como ya nos conocíamos por referencias, me presenté sin ceremonia alguna. En fin, no sé por qué digo estas cosas, cuando Natacha es la más noble de las personas. ¿No cree usted?

Entró en la casa con gesto tímido, como si hubiese cometido una falta. Miró fijamente a Natacha, y luego avanzó hacia ella y la besó en los frescos labios. Después se volvió hacia Aliocha y con toda seriedad le dijo que nos dejara hablar a solas un rato.

— No debes ofenderte, querido Aliocha — manifestó Katia a continuación —. Debemos hablar Natacha y yo de algo que no puedes oír. Te ruego que nos dejes. En cuanto a usted, Iván Petrovitch, puede quedarse para que escuche nuestra conversación.

Una vez que Aliocha se hubo marchado de la estancia, agregó:

— Será mejor que tomemos asiento. Yo lo haré frente a usted. Después de tanto esperar, deseo observarla bien, querida Natacha.

Ésta procuró sonreír, aunque lo hizo forzadamente. También ella miraba a Katia con atención.

— Una vez tuve el gusto de ver un retrato suyo — prosiguió Katia —, que me enseñó Aliocha.

— ¿Cree que estoy parecida?

— Es usted mejor en persona — repuso Katia —. Ya imaginaba que sería así.

— ¿Es cierto? Pues yo también compruebo ahora que es usted muy hermosa.

— Vaya, no diga eso. ¡Yo hermosa...! Me trata usted demasiado bien.

Luego cogió entre las suyas las manos de Natacha y las dos se miraron en silencio unos instantes.

— Querida amiga, sólo tengo media hora de permiso. Es todo lo que pudo concederme madame Albert — agregó Katia —. Tenemos tanto de qué hablar... Desearía hacerle una pregunta: ¿ama usted mucho a Aliocha?

— Mucho, en efecto.

— En tal caso, si tanto le quiere, deseará indudablemente que sea muy dichoso, ¿no es cierto?

— Es lo que más anhelo, que sea feliz.

— Entonces, se trata de dilucidar si yo soy capaz de proporcionarle esa dicha. Me parece que tengo razones para hablarle como lo hago. Eso es lo que debemos decidir ahora. Porque si usted considera que puede hacerle más dichoso...

— Ya se ha decidido todo, Katia. Lo sabe usted perfectamente — dijo Natacha en voz baja, y miró al suelo. Era evidente que le apenaba aquel tema.

Tengo la impresión de que Katia pensó primero que decidirían en ese momento cuál de las dos dejaría el campo libre a la otra. Sin embargo, tras las últimas palabras de Natacha, se dio cuenta de que ésta se hallaba decidida y de que no tenía objeto seguir insistiendo.

De pronto Natacha inquirió:

— Y ahora dígame, ¿también usted le quiere mucho?

— Sí, sí, le amo. Pero una de las preguntas que deseaba hacerle es el motivo de que usted quiera tanto a Aliocha.

— No sabría responderle a eso.

— ¿Acaso le parece inteligente?

— No. Sólo sé que le quiero.

— Igual me pasa a mí. Aunque siento hacia él algo parecido a la compasión.

— Sí, también a mí me ocurre lo propio.

— ¿Qué podemos hacer? ¿Cómo pudo traicionarla,

prendiéndose de mí? La verdad es que no lo entiendo, y menos todavía cuando la he conocido.

Natacha permaneció en silencio, con la vista baja, mientras Katia adoptaba una actitud similar. Después, como en un arrebato, Katia se levantó y besó a Natacha, al tiempo que la abrazaba. Emocionadas, las dos jóvenes se echaron a llorar. Sentada en el brazo del sillón en que se hallaba Natacha, Katia la estrechaba contra su corazón.

— No sabe bien cuánto la quiero — dijo Katia entre sollozos —. Seremos como dos hermanas. Podemos escribirnos, y yo la querré sinceramente... siempre, toda la vida. Por cierto — inquirió Katia —. ¿Le dijo algo Aliocha sobre nuestro matrimonio?

— Ya lo hizo.

— Me di cuenta en seguida. Verá cómo la tengo informada de todo, porque voy a quererla mucho. Creo que la boda no ha de demorarse mucho. ¿Es cierto que volverá a su casa, Natacha?

Esta no contestó, sino que se limitó a mirar a Katia y le dijo:

— Que sea muy feliz, querida amiga.

— También yo se lo deseo.

En ese instante se abrió la puerta y entró Aliocha, que no había podido aguardar más. Cuando las vio sollozando, se arrodilló junto a ellas y también se puso a llorar.

Natacha se serenó un poco y aconsejó al joven:

— Bueno, Aliocha, no deberías apenarte así. Estaremos alejados breve tiempo. Dentro de un mes estarás de vuelta.

— Entonces se volverán a reunir — agregó Katia con rapidez, queriendo consolarle.

— Creo que no podré vivir un solo día sin ti, Natacha — repuso él, lleno de congoja —. ¿Qué será de mí sin tenerte cerca? No sabes cuánto te amo, Natacha...

Rehaciéndose de nuevo, Natacha manifestó:

— Se me ocurre una cosa. Ustedes piensan detenerse unos días en Moscú, ¿no es cierto, Katia?

— Sí, una semana.

— Está bien. Tú, Aliocha, las acompañas hasta Moscú, y luego volverás a mi lado. Te quedas una semana, y después nos despedimos hasta que regreses.

— Magnífico. De ese modo aún podrán estar juntos unos días más — exclamó Katia, con aire de triunfo, y miró a Natacha significativamente.

No podría describir el contento que sintió Aliocha ante esta proposición. Loco de alegría abrazó a Natacha, llenó de besos las manos de Katia y me abrazó a mí con fuerza. Natacha tenía un aire tan acongojado, que Katia no pudo resistir más y despidiéndose de Natacha se dispuso a marcharse. En ese momento se presentó un lacayo anunciando de parte de la dama de compañía que el tiempo establecido ya había transcurrido. Levantóse Natacha y las dos jóvenes quedaron un momento cogidas por las manos, observándose con atención, como si con aquellas miradas estuvieran expresando todas las emociones que sentían.

— Ya nunca volveremos a vernos — susurró Katia.

— Nunca — contestó Natacha.

— En tal caso, más vale que nos despidamos ahora mismo.

— Por favor, no me maldiga. Al menos, le aseguro que él será feliz — dijo Katia, que luego cogió a Aliocha por el brazo y añadió —: Vámonos, Aliocha, acompáñame.

Una vez que los dos hubieron salido, Natacha declaró, rendida de emoción:

— Acompáñales, Vania, y no vuelvas por ahora. Aliocha estará conmigo hasta las ocho, y luego me dejará sola. Entonces te ruego que vuelvas. Hazlo hacia las diez.

A esa hora, después de la escena de la taza rota y cuando hube dejado a Nelly con Alejandra Seminiovna, volví a casa de Natacha. La encontré sola, aguardándo-

me llena de impaciencia. Preparó el té, me sirvió una taza y me pidió que me sentara junto a ella.

— Todo ha concluido — me dijo luego, mirándome de un modo que jamás podré olvidar —. Nuestro amor ha terminado al cabo de medio año; toda una vida. Me encuentro desechar, y sé que mañana le veré por última vez. No hace media hora que se fue, y mientras te aguardaba no dejaba de preguntarme, ¿sabes qué? Pues me decía a mí misma si le había amado realmente, y en ese caso, qué clase de amor era el nuestro. ¿No te parece absurdo, haber tenido que aguardar a este momento para hacerme esa pregunta, querido Vania?

— Tranquilízate, por favor.

— Además, he llegado a una conclusión, Vania. Creo que no le quería como a un hombre, como a un amante, sino con cariño de madre. ¿Qué crees tú, Vania?

Notaba que su emoción se acrecentaba por momentos. Natacha tenía necesidad de hablar, a pesar de que sus palabras se hacían cada vez más inseguras. Yo mismo me mostraba manifiestamente inquieto.

— Me pertenecía — continuó diciendo ella —. En cuanto le vi, me di cuenta de que quería que fuese mío, que viviera únicamente para mí. Le quería hasta el extremo que me causaba verdadera compasión. Cuando pensaba que debía marcharse, mi mayor deseo era que fuese feliz, más dichoso que nadie. Ese anhelo llegaba a atormentarme, y no podía mirarle siquiera sin sufrir una gran emoción. Cuando él sonreía, me recorría el cuerpo un estremecimiento. Quizá no me creas, Vania, pero lo que te digo es verdad.

— Mira, Natacha...

Hizo caso omiso a mis palabras, y continuó diciendo:

— Tanto tú como él mismo afirmabais que no tenía carácter, que se comportaba como un chiquillo. Pues precisamente era eso lo que más me atraía de él. ¿Me crees? Le quería tal como era, y seguramente, si hubiese tenido más carácter o inteligencia, no le hubiese

amado tanto. No sé si recuerdas, Vania, que hace ahora unos tres meses tuvimos un gran disgusto porque estuve en casa de una tal... ¿cómo se llamaba? Ah, sí... era Minna. Pues bien, yo le seguí y padecí enormemente; pero, aunque te cueste creerlo, al propio tiempo obtuve cierto gozo. No lo comprendo, tal vez sería porque me dije que eso le hacía feliz. Pero no, me doy cuenta de que me producía contento saber que hacía lo que otros hombres, y que como ellos iba a ver a otras mujeres. La discusión me produjo un placer inmenso, y le perdoné de todo corazón. ¡Mi Aliocha, cuánto le quiero!

Se echó a reír de un modo singular, mientras me observaba. Después la vi ensimismarse en sus reflexiones, como si recordase algo. Estuvo mucho tiempo así, con una sonrisa en los labios, evocando el pasado.

Al cabo de un tiempo manifestó:

—Lo que más gozo me producía era perdonarle. Días y días he pasado sola en mi habitación, paseando inquieta y diciéndome en medio de mi llanto que cuanto peor se portara Aliocha tanto mejor sería. Lo cierto es que en él veía a un chiquillo. Luego yo me sentaba aquí, él colocaba su cabeza en mis rodillas y se quedaba dormido mientras le acariciaba tiernamente el cabello. Cuando no estaba a mi lado, pensaba en él de ese modo.

Después de una pausa, Natacha exclamó llena de vehemencia:

— ¡Qué joven más encantadora es Katia!

Veía que se ensañaba ahondando en su herida, deseando sufrir, como sucede cuando el alma está sometida a una dura prueba.

—Pero sé que Katia le hará feliz —dijo—. Su carácter es firme, sabe lo que dice y es muy razonable. Aunque por su edad sea una chiquilla, se la puede considerar como una persona mayor. Ojalá que los dos sean muy dichosos. Sí, se lo deseo de todo corazón.

En su pecho, sin embargo, se albergaba un gran do-

lor, que la hizo estallar en lágrimas. Pasó bastante tiempo antes de que se recobrase, tranquilizándose un poco.

¡Mi pobre Natacha! A pesar de la angustia que sentía, quiso tomar parte en mis penas. Al verla más serena le conté para distraerla lo que me había acontecido con Nelly. Se mostró muy interesada. Ya era muy tarde cuando la dejé, medio adormilada. Al irme rogué a Mavra, la criada, que la cuidase durante toda la noche.

— ¡Señor, que terminen ya estas desdichas! —supliqué yo, una vez en mi casa—. ¡Que se acaben de una vez, sea como sea...!

Eran las nueve de la mañana cuando al día siguiente llegó a casa de Natacha, coincidiendo con Aliocha, que acudía a despedirse. No cuento lo que fue esa entrevista, para no revivir el ingrato recuerdo de la escena. Ella procuraba serenarse, aparentando indiferencia, y casi parecía estar contenta. Sin embargo, sus esfuerzos la traicionaron, y por último abrazó a Aliocha frenéticamente para después contemplarle con fijeza, como bebiendo sus palabras, aunque yo me daba cuenta de que no entendía nada de lo que él decía.

Con frases entrecortadas, Aliocha le pidió perdón por el daño que le había hecho, por su cariño hacia Katia, por el viaje en sí. Su forma de hablar resultaba inconnexa, y además se ahogaba entre sollozos. Después, inesperadamente, quiso consolarla y le dijo que sólo se marchaba durante un mes, y que al regresar se casarían. Por otra parte, afirmó que volvería de Moscú transcurridos un par de días, y que estarían juntos una semana entera. Por lo tanto, sólo iba a estar alejado de ella dos días, nada más.

Parecía increíble lo convencido que estaba de cuanto decía. Pensaba que dentro de dos días vería de nuevo a Natacha, pero a pesar de ello lloraba y se mostraba intensamente acongojado. ¿Por qué razón?

Ofí dar las once en el reloj. Difícilmente pude convencer a Aliocha de que debía irse, pues su tren salía a las doce.

Una vez en la puerta, Natacha trazó el signo de la cruz sobre su frente, le abrazó, y con el rostro escondido entre las manos se dirigió rápidamente a su habitación. Yo acompañé al joven hasta el coche, pues de lo contrario no se hubiera resuelto a abandonar la casa.

Cuando descendíamos hacia la calle me dijo:

— Tengo una fe absoluta en ti, amigo Vania. Me doy cuenta de que en muchas ocasiones he obrado mal contigo, y que no soy realmente digno de ser tu amigo. Pero te ruego que seas como un hermano para mí, hasta el último momento. Te pido que sigas queriendo a Natacha, que no la dejes y que me des cada poco tiempo noticias de ella. Estaré de vuelta probablemente mañana; pero luego, cuando de nuevo me marche, espero que me escribas. Lo harás, ¿no es cierto?

Le introduje en el carroaje, y cuando éste arrancaba dijo en voz alta:

— ¡Hasta pasado mañana! ¡Volveré sin falta!

Estaba lleno de desesperación cuando regresé al piso de Natacha. La encontré en el centro de la estancia, con los brazos cruzados, y con tal gesto de desvarío que pensé que no me había reconocido. La hermosa cabellera le caía sobre los hombros. A su lado estaba Mavra, muy asustada.

— Ah, eres tú... — me dijo de pronto Natacha. — Nunca le perdonaste porque le di mi amor! ¡Tú le odiabas! ¿Qué vienes a decirme ahora? ¿Tratas de convencerme para que vuelva con mi padre, que me maldice y no me quiere? ¡No, no quiero volver! ¡También yo le maldigo! Y tú, ¡vete! ¡Márchate de mi lado!

Me di cuenta del estado en que se hallaba y que el solo hecho de verme la ponía fuera de sí. Salí, me senté en la escalera y allí permanecí, aguardando. Cada cierto

tiempo entreabría la puerta y preguntaba a Mavra, que no hacía otra cosa que llorar.

Lleno de angustia y tristeza aguardé durante más de una hora. De repente abrióse la puerta con violencia y salió Natacha, que corrió hacia la escalera. Estaba trastornada; llevaba puestos el abrigo y el sombrero. Algunos días después me aseguró que casi no recordaba aquello, y que no tenía idea del lugar a donde se encaminaba.

Me fue totalmente imposible esconderme debido a la rapidez con que salía. Ella me vio y se quedó inmóvil ante mí, como si fuera una estatua.

«Me di cuenta de improviso — me explicó más adelante —, que en un rapto insensato de irreflexión se pude despedir a la persona que era como un hermano para mí, que podía ser mi única salvación. Al verte ante la puerta, sentado en la escalera, esperando lleno de paciencia, sentí como si me hiriesen profundamente en el corazón.»

— ¡Vania! — exclamó ella, tendiendo sus manos hacia mí. — ¡Estás ahí!

Luego cayó en mis brazos y perdió el conocimiento.

La trasladé a su alcoba, y al ver que no recobraba el sentido temí que enfermara gravemente. Resolví ir a buscar al médico, que generalmente estaba en su casa hasta las dos de la tarde. Pedí a Mavra que no se alejara en ningún momento del lado de su ama, y eché a correr.

Dios quiso ayudarme; si tardó un instante más el doctor se hubiera marchado, ya que se encontraba en la puerta de su casa cuando yo llegaba. Le pedí que subiera al coche en el que me trasladé hasta allí, y poco después estábamos de regreso en el piso. La Providencia me ayudó, indudablemente, puesto que mientras duró mi ausencia sucedió algo que pudo ser fatal para Natacha, de no haber llegado el médico y yo tan a tiempo.

No bien hube salido de casa de Natacha, cuando se

presentó en ella el príncipe, que volvía de despedir a los viajeros en la estación. Evidentemente, había proyectado la visita por anticipado y con todo detalle. Debido al estado en que se hallaba, a Natacha no le sorprendió la visita, según me dijo después. El aristócrata tomó asiento frente a ella, y mirándola compasivamente, suspiró y dijo:

—Comprendo su dolor, querida amiga, e imaginaba lo terrible que iba a resultarle este momento. Por esa razón me he sentido obligado a venir a verla. Para usted, sin embargo, debe ser un consuelo el saber que al renunciar a Aliocha, ha hecho su felicidad. Usted lo comprende mejor que nadie, ya que se ha sacrificado tan generosamente.

Natacha me contó que, aunque le oía, no alcanzaba a entender lo que le estaba diciendo. El le cogió una mano y pareció complacerse al estrechársela. La joven estaba hasta tal punto insensible que no hizo ademán alguno de retirar su mano.

—Se ha dado cuenta —prosiguió diciendo él— de que si se hubiera casado con Aliocha, éste hubiera llegado a odiarla algún día. Ha sido un rasgo noble por su parte; pero no crea que vine sólo a alabarla; también deseo asegurarle que nunca tendrá un amigo mejor que yo. Me hago cargo de la intensidad de su pena, y sepa que si he intervenido en su vida ha sido en contra de mis deseos, por un sentido del deber. Sé que lo entenderá perfectamente y que querrá perdonarme. Sin embargo, le aseguro que mayor aún ha sido mi sufrimiento...

—¡Cállese, príncipe! —dijo al fin Natacha—. ¡Márchese ya, por favor!

—Sí, me iré, pero deseo decirle que la quiero como si fuese una hija, y que espero que me permita venir a visitarla de vez en cuando. Considéreme como un padre, y sepa que mi mayor felicidad será prestarle algún servicio.

Natacha le interrumpió secamente.

—No necesito nada. ¡Márchese!

—Tiene usted demasiado orgullo. Pero le aseguro que le hablo con la mejor intención. Y ahora, ¿qué piensa hacer? ¿Reconciliarse con su familia? Sería lo mejor... siempre que su padre no proceda injustamente. Tiene mucha soberbia; es un verdadero déspota y le ruego que me disculpe la sinceridad. Junto a él viviría entre reproches y disgustos. Es mejor que se mantenga libre, independiente de su tutela. Yo consideraría como un deber sagrado el cuidar de usted y ayudarla. El propio Aliocha me ha pedido que no la abandone; debemos ser amigos. Y además, hay otras personas que están interesadas por su suerte, como el conde Nainski. Es pariente nuestro, y un verdadero ángel tutelar de la familia, que ha hecho numerosos favores a Aliocha, sintiendo por él una verdadera veneración.

»Se trata de una persona de gran influencia, y como ya es de edad avanzada, no habría inconveniente en que le recibiese usted en ésta casa. El le proporcionaría una excelente posición al lado de sus familiares. Le hablé de su sacrificio, y realmente conmovido me rogó que le presentara a usted en cuanto fuera posible. Es de una generosidad sin límites, y le impresiona mucho la belleza. Se lo aseguro, se trata de un anciano venerable y generoso, que sabe muy bien lo que valen las cosas. Sin ir más lejos, no hace mucho que se portó magníficamente con su padre de usted.

Natacha lo comprendió todo, y como impulsada por un resorte se puso en pie y gritó iracunda:

—¡Váyase inmediatamente! ¡Márchese de aquí!

—Le ruego, querida amiga, que recuerde lo útil que el conde puede ser a su padre...

—Mi padre no necesita nada de usted. ¡Déjeme ya!

—Vaya, ¡qué activa y excitable es usted! No merezco que me trate de esa forma.

El príncipe miró inquieto a su alrededor, y luego sacó del bolsillo un grueso fajo de billetes.

— En fin — agregó —, permítame que le deje esta muestra del interés que siente por usted el conde Nainski. Aquí hay diez mil rublos. Un momento, por favor — prosiguió diciendo, al ver que Natacha se ponía en pie llena de cólera —. Aguarde un instante. Como ya estará enterada, su padre perdió el pleito. Estos diez mil rublos supondrán una indemnización, y...

Fuera de sí, Natacha exclamó:

— ¡Llévese de aquí su dinero! ¡Márchese, hombre infame! ¡Fuera de esta casa!

El príncipe se levantó no menos encolerizado. Se había presentado para tantejar el terreno, pensando que Natacha, sola y sin nadie que la ayudase, se mostraría muy bien impresionada por aquellos diez mil rublos. Ya en más de una ocasión el infame se había encargado de tales menesteres, propios de una *Celestina*, por cuenta del viejo libertino que era el conde Nainski. Como notó que no conseguía lo que esperaba, el príncipe no pudo ocultar el odio que en realidad sentía hacia Natacha, y con perversa alegría se propuso ofenderla para vengarse.

— Se pone usted demasiado nerviosa, amiga mía, y eso no le conviene para sus nervios. Quise ofrecerle mi ayuda, y fíjese cómo me paga. Pues entérese de que pude haberla hecho recluir en un reformatorio, como padre que soy de un muchacho al que usted arruinó e impulsó a llevar una vida disipada. A pesar de todo, no lo hice.

A continuación lanzó una carcajada perversa e insultante.

En ese momento entrábamos el médico y yo al vestíbulo. Detuve al doctor al escuchar una voz extraña, y alcanzamos a oír las últimas palabras del príncipe, después de lo cual lanzó una maligna carcajada.

Abri repentinamente la puerta y me arrojé sobre el

príncipe, al que escupí en el rostro y di varias bofetadas. Cuando se disponía a replicar, el infame advirtió que llegaba acompañado, y salió huyendo, no sin antes recuperar el fajo de billetes de banco. En efecto, ¡no se olvidó del dinero, a pesar de su prisa! Yo salí en su persecución con el primer objeto que hallé en la cocina.

Al volver advertí que el médico sostenía en sus brazos a Natacha, que se debatía bajo los efectos de un ataque de nervios. Nos costó bastante llevarla a la cama, y una vez en ella comenzó a delirar.

— ¿Es grave, doctor? — inquirí, lleno de angustia.

— Es prematuro decir algo — repuso el anciano —. Habrá que observarla. Sin embargo, podría dar lugar a algo muy serio. De todas formas, tomaremos las medidas necesarias.

En ese momento se me ocurrió algo realmente afortunado. Pedí al médico que permaneciese al lado de Natacha un momento, y corrí rápidamente a mi casa.

Llena de inquietud y tristeza, Nelly me aguardaba en un rincón. Debí de llegar con un aspecto sumamente extraño, ya que la pequeña me miró asombrada. Tomé asiento a su lado, en el diván, y atrayéndola hacia mí le di un cariñoso beso que la hizo enrojecer.

— Querida niña, ¿deseas salvarnos a todos? — le pregunté rápidamente.

Ella siguió mirándome llena de extrañeza.

— Tú sola eres nuestra esperanza. Ya conoces a ese padre que ha maldecido a su hija. Fue el que vino a buscarme ayer para llevarte a su casa, en lugar de la ausente. Y resulta que esa pobre hija, que una vez me dijiste apreciabas, ha sido abandonada por el hombre con el que se había marchado de casa de sus padres. Es el hijo del príncipe que te hizo huir una noche de aquí. ¿Lo recuerdas? Te pusiste enferma varios días, después de eso.

— Sí, lo recuerdo — dijo ella, muy pálida.

— Es un hombre perverso que aborrece a Natacha

porque su hijo pretendía casarse con ella. Pero Aliocha se marchó hoy mismo de viaje, y poco después el príncipe estuvo con ella, la llenó de insultos y dijo que la iba a hacer encerrar en un reformatorio. ¿Te das cuenta, Nelly?

— Comprendo — repuso la niña, y sus ojos relucieron vivamente.

— Ahora la pobre Natacha no tiene a nadie, y está enferma. La dejé con nuestro amigo, el médico, para venir a buscarte. Acompáñame, Nelly, vamos a casa del padre de Natacha. Sé que tú no querías ir a esa casa, pero ahora lo haremos los dos juntos. Una vez allí les diré estás conforme con ir a vivir con ellos como si fueras una hija. El anciano está enfermo por la maldición que lanzó contra Natacha, y porque el príncipe le hizo objeto de una grave afrenta. Aunque quiere de todo corazón a su hija, no desea oír hablar de ella. Pero en el fondo siente deseos de perdonarla. ¿Comprendes?

Ella asintió una vez más.

Yo no podía disimular mi emoción, y las lágrimas resbalaban por mis mejillas, mientras le hacía aquella súplica. La pequeña me miró con timidez.

— Entonces, me crees, ¿verdad?

— Sí.

— Vamos a la casa, pronto. Te acogerán muy cariñosamente y te harán un sinfín de preguntas. Procuraré que la conversación trate de tu vida y de las de tu madre y tu abuelo. Les dirás todo, sin callar un solo detalle. Contarás que a tu madre la abandonó un desalmado y que murió en un sótano de la casa de la Bubnova. Dirás que las dos ibais a pedir limosna, y contarás lo que ella te pidió al morir. De tu abuelo les explicarás que nunca perdonó a tu madre, ni siquiera cuando ella iba a morir y le mandó llamar. Al decir todo esto, el anciano se sentirá impresionado por la semejanza de la situación. Su hija está ahora abandonada, se halla in-

defensa ante los insultos de la gente infame. Nelly, ¡salva a Natacha, por favor! ¿Vienes conmigo?

La chiquilla jadeaba levemente y me observó con extrañeza, como si me hiciera algún reproche.

— Sí — musitó por último.

Cogí a Nelly de la mano y salimos. Eran casi las dos de la tarde y por el cielo se extendía un denso manto de nubarrones. Se oía retumbar el trueno a lo lejos, y el viento de la tormenta de verano formaba remolinos con el polvo de la calle. Tomamos un coche de punto, y Nelly no despegó los labios durante todo el trayecto. Sólo me miraba con aquel gesto singular, que tanto me había extrañado antes. Seguía respirando con dificultad, y en mi mano noté los violentos latidos de su corazón, que parecía querer saltársele del pecho.

CAPITULO VII

Encontré a Ikmeniev y a su mujer solos, como de costumbre. Con aire decaído y acongojado, el anciano estaba echado sobre un diván, con la cabeza envuelta en un pañuelo. A su lado, Ana Andreievna le pasaba de vez en cuando un trapo empapado en vinagre. La constante solicitud parecía disgustar al marido, en lugar de agradarle.

Ambos dieron muestras de sorpresa, al vernos llegar. La mujer experimentó un verdadero sobresalto.

—Les traigo a Nelly —declaré en cuanto estuve en la habitación—. Tenía muchos deseos de venir a vivir con ustedes, y sólo les pido que la acepten y la quieran.

El anciano me miró con manifiesta suspicacia. Comprendí que se hallaba al corriente de lo ocurrido y que sabía que Natacha estaba sola y la habían ultrajado. Nos observó tratando de descubrir el verdadero motivo de que hubiéramos ido a verle. La chiquilla bajó la cabeza, atemorizada. A cada momento miraba a su alrededor como un animalito que ha caído en una trampa.

Ana Andreievna, sin embargo, no tardó en reaccionar, y estrechando a la niña entre sus brazos, la acarició y la besó cariñosamente, hasta que, emocionada, se echó a llorar. Sin abandonar su mano, la hizo sentar a su lado.

Entre asombrada y curiosa, Nelly observaba atentamente a la mujer que, sin saber ya qué hacer, se quedó mirándome, para ver si le decía algo.

El anciano, por su parte, arrugó el ceño, pues comenzaba a sospechar la razón de que les hubiera llevado a Nelly. Luego se dirigió a mí y dijo:

— Tengo un fuerte dolor de cabeza, Vania.

Estuvimos un buen rato sin hablar, no sabiendo de qué manera iniciar la conversación. La estancia estaba sumida en la oscuridad, y a lo lejos retumbaba el trueno. Las nubes cubrían el cielo.

— Pronto empiezan las tormentas, este año. Pero recuerdo que en el treinta y siete la mala estación llegó aún más temprano.

Ana Andreievna lanzó un suspiro y preguntó si deseábamos tomar el té.

— ¿Cómo te llamas, hija mía? — preguntó entonces, al ver que nadie le contestaba.

— Nelly — respondió la niña con voz débil, y sin levantar la cabeza.

Ikmeniev no dejaba de observarla.

— Sin embargo, tu verdadero nombre debe de ser Elena, ¿no es cierto? — inquirió Ana Andreievna, más animada.

— Sí, señora.

— Mi hermana Prascovia Andreievna — manifestó Ikmeniev — tenía una sobrina. Se llamaba Elena, pero también la llamábamos Nelly.

Ana Andreievna continuó con su interrogatorio, para saber más acerca de la pequeña.

— De modo que estás sola, ¿verdad, hijita? — dijo —. ¿No tienes padres?

— No.

— Eso me han dicho. Cuéntame, ¿hace mucho tiempo que falleció tu madre?

— No, hace poco.

— ¡Pobrecilla! ¡Pobre huérfanita! — dijo la anciana, observando a Nelly llena de compasión.

Nicolás Sergueitch parecía estar impaciente, y tamborièreaba con los dedos sobre la mesa.

— Creo que me dijiste que su madre era extranjera, ¿verdad, Iván Petrovitch? — preguntó Ana Andreievna, con gesto indeciso.

Observé a Nelly y advertí que su respiración se tornaba agitada, como si estuviera sufriendo mucho.

— La madre de Nelly — repuse — era hija de un inglés y una rusa. La niña nació en el extranjero.

— Entonces la madre estaba en el extranjero con su marido, ¿no es eso?

A Nelly se le tiñeron de rojo las mejillas, y Ana Andreievna se dio cuenta de que había dicho algo inconveniente. El marido la miró con gesto serio, y volviéndose hacia la ventana, dijo:

— La madre fue engañada por un hombre malvado y cobarde. Se escapó con él, después de haberle entregado todo el dinero que le quitó a su padre. El amante, luego de marcharse con ella al extranjero, dilapidó fácilmente ese dinero y la dejó abandonada. Luego un hombre honrado le prestó su ayuda, pero murió más tarde. Al faltar éste, la desdichada regresó a casa del padre. Así me lo contaste, ¿verdad, Vania?

Intensamente emocionada, Nelly se puso en pie e hizo ademán de dirigirse hacia la puerta. Pero el viejo, al fin, tendió hacia ella una mano y manifestó:

— Ven, Nelly, siéntate a mi lado.

Inclinóse entonces hacia ella, le dio un beso en la frente y le acarició el pelo lentamente. Un poco amedrentada, Nelly logró deshacerse de su abrazo. La anciana contemplaba llena de gozo a su marido, que parecía encariñado con la niña.

— Sé muy bien que aquel canalla de hombre hizo desgraciada a tu madre. Ella quería a su padre y le respetaba — continuó diciendo Ikmeniev, dominado por la emoción.

Nelly, con voz ronca, dijo:

— Mamá quería al abuelo muchísimo. Le quería más que él a ella.

— ¿Y eso, cómo lo sabes? — inquirió Nicolás Seregueitch, forzadamente, puesto que se dominaba menos que Nelly.

— Yo lo sé. Él no quería a mamá y la echó de su lado para siempre.

Ikmeniev seguramente estuvo a punto de responder que el abuelo tendría sus razones para rechazar a la hija; no obstante se contuvo y nos observó en silencio.

— ¿Adónde os marchasteis a vivir, cuando el abuelo no quiso recibiros? — prosiguió interrogando la anciana, que no quería que volviera a estancarse la conversación.

— Cuando volvimos del extranjero — manifestó Nelly — estuvimos buscando al abuelo mucho tiempo. No podíamos encontrarle. Antes había sido muy rico y llegó a ser dueño de una fábrica, pero se quedó sin dinero, porque se lo llevó el hombre que se fue con mamá. Me lo dijo ella misma.

El anciano carraspeó levemente.

— También me contó mamá — continuó diciendo Nelly, ya muy animada, y dirigiéndose a Ana Andreievna, aunque parecía querer contestar al anciano — que el abuelo estaba muy disgustado con ella, pues la culpaba de todo lo que había pasado. Me decía llorando que aparte del abuelo y de mí, no tenía a nadie en el mundo. Al regresar aquí me dijo: «Él nunca me perdonará, pero al verte seguramente te querrá, y entonces quizás, gracias a ti, llegue a quererme.»

»A mamá le daba miedo ir a casa del abuelo, pero rezaba mucho por él. También me hacía rezar a mí, y me contaba muchas cosas de cuando estaban juntos. El abuelo la quiso entonces como a nadie en el mundo. Por las noches ella tocaba el piano y leía libros en voz alta. El abuelo siempre le estaba regalando cosas, y hasta le gustaba darle sorpresas. Pero se enfadaba si ella adivinaba lo que iba a regalarle. Una vez él hizo como que iba a darle un broche, pero luego regaló a mamá unos pendientes. Al notar que ella ya se había enterado, se

enfadó mucho y estuvo unas horas sin hablarle. Pero poco después la besó y le dijo que le perdonase.

La niña iba entusiasmándose a medida que avanzaba en su relato. Tenía ahora las mejillas sonrosadas.

Se hacía evidente que la desdichada madre había hablado más de una vez con la niña del pasado, cuando sentada en un rincón del sótano abrazaba y besaba a su hijita, lo único que le quedaba en el mundo, sin pensar que sus palabras quedaban grabadas en el espíritu sensible y enfermizo de la chiquilla.

— Mamá estaba ya muy enferma cuando llegamos aquí. Le dolía mucho el pecho, pero sólo encontramos para vivir un rincón de un sótano.

— ¡Dios santo! — exclamó Ana Andreievna —. Y estando así de enferma...

— Sí, mamá no tenía dinero. Me decía que ser pobre no era ningún delito. En cambio, sí es pecado ser rico, haciendo daño y ofendiendo a los demás. Me decía que Dios la estaba probando a ella.

— ¿Vivíais ya en Vasili Ostrov, en el edificio de la Bubnova?

Ikmeniev hizo esta pregunta con fingida indiferencia, como si hablase conmigo.

— No. Antes estuvimos viviendo en la Metchanskaia, en un sótano muy oscuro, lleno de humedad. Fue allí donde se puso enferma mamá. Entonces todavía podía levantarse. También vivía allí la viuda de un capitán, y un viejo que había sido empleado, y que siempre se emborrachaba por las noches y daba unos gritos que me asustaban mucho. Mamá me llevaba entonces a su cama y me abrazaba para que no tuviera miedo. Yo notaba que la pobre estaba temblando, cuando oía las voces del viejo. Era muy malo aquel hombre, y una vez quiso pegar a la viuda del capitán, que era muy anciana y tenía que andar con ayuda de un bastón. Mamá quiso evitar que le pegase. Pero él se volvió contra nosotras,

y le dio un golpe a mamá. Yo me lancé gritando sobre el viejo.

La chiquilla hizo una pausa, ganada por la dramática intensidad del recuerdo.

— ¡Santo cielo! — exclamó Ana Andreievna, totalmente absorta en el relato de Nelly.

— Después de eso mamá me sacó a la calle y en un rincón se puso a llorar. Estábamos sin comer, y yo me sentía muy cansada. Hablando consigo misma, mamá repetía: «Sé siempre pobre, Nelly. Cuando me muera no vayas a casa de nadie. Sigue tú sola y trabaja en lo que puedas. Si no encuentras trabajo, pide por las calles, pero hazme caso, no vayas a casa de nadie. Ibamos por una calle, ya de madrugada, cuando mamá se puso a gritar de pronto: «¡Azor, Azor!» Un perro enorme y sin pelo se acercó a nosotras saltando y ladrando. Dio un grito mamá y cayó de rodillas delante de un viejo que se apoyaba en un bastón al andar y que iba muy encorvado. El anciano era mi abuelo. Iba muy mal vestido y estaba muy delgado; era la primera vez que le veía. Al ver a mamá delante de él, el abuelo se asustó, igual que ella. La echó a un lado, dio unos golpes con el bastón en la acera, y se marchó en seguida.

»El perro siguió junto a mamá, lamiéndole las manos y la cara. Corrió después hacia el abuelo y le tiró del gabán para que no se marchase. El abuelo siguió andando y llamó al perro, que le siguió dando aullidos de pena. Mamá se desmayó y cayó al suelo. Creí que había muerto. Nos rodeó la gente y vinieron unos guardias que ayudaron a mamá a reanimarse. Entonces ella me dijo que la condujera a casa. Los que nos vieron marchar nos miraban mucho y movían la cabeza.

Calló un momento la chiquilla para tomar fuerzas. Estaba muy pálida, pero en su mirada brillaba la resolución. Casi con gesto de desafío resolvió continuar hasta el final, decirlo todo.

Con voz irritada, Ikmeniev declaró:

—No tiene nada de extraño que tu abuelo procediese de aquel modo. Tu madre le ofendió y le dañó gravemente, y tenía motivos para...

—Mamá siempre me decía, cuando volvíamos a casa —le interrumpió la niña—: «Es tu abuelo, hija mía, y fui muy mala con él. Un día me maldijo, y ahora recibo el castigo de Dios». Estuvo repitiendo eso muchos días, como si se hubiera vuelto loca.

—¿Os mudasteis de casa, entonces? —inquirió la anciana, secándose las lágrimas.

—Esa noche mamá se puso muy grave. La viuda del capitán nos habló de la casa de la Bubnova, y allí nos fuimos unos días más tarde. Mamá pasó en cama tres semanas, y yo la cuidaba constantemente. No teníamos nada de dinero, y la viuda nos dio algo. También nos ayudó Iván Alejandrovitch.

—El fabricante de ataúdes —aclaré yo.

—Cuando mamá mejoró algo y pudo pasear un poco por el cuarto, me habló del perro, de «Azor».

Hizo la niña una breve pausa, e Ikmeniev pareció satisfecho de que el tema girase en torno a un perro. Arrellanándose más aún en el sillón, preguntó:

—¿Qué te contó de «Azor»?

—Nunca dejó de hablarme del abuelo, mientras duró su enfermedad. Al encontrarse mejor, me contó más cosas de su vida, y entonces fue cuando me habló de «Azor». Mamá lo compró a unos muchachos que iban a tirarlo al río. Se llevó al perro a cambio de algunas monedas. El abuelo se reía mucho con el perro, pero éste se escapó un día y mamá estuvo llorando tanto tiempo que el abuelo ofreció cien rublos a quien lo encontrase. Tres días después nos trajeron al can, y el abuelo entregó los cien rublos prometidos. El perro había sido de unos saltimbanquis que le enseñaron muchos trucos, como llevar un mono sobre el lomo, a andar con paso militar y cosas así. Cuando mamá se marchó, «Azor» se quedó con el abuelo. El perro siempre seguía al abuelo a todas par-

tes. Por eso, al verle, mamá comprendió que el abuelo debía de estar cerca.

Advirtiendo que el asunto del perro no borraba la otra historia, guardó un hosco silencio. Su mujer preguntó a la pequeña:

—¿No volvisteis a ver al abuelo, más tarde?

—Sí. Yo le encontré otra vez, cuando mamá se estaba recuperando de la enfermedad. Iba a la panadería, cuando vi de pronto a Azor. Miré al hombre que iba detrás, y noté que era el abuelo. Yo me puse contra la pared, para que pudiera pasar, y vi que me miraba fijamente un momento, como si quisiera asustarme. Pasó sin decirme nada y se alejó. Azor me reconoció enseguida. Dio saltos muy contento y me lamió las manos. Eché a correr hacia casa, y al mirar hacia atrás vi que el abuelo entraba donde yo había comprado el pan. Pensé que iba a preguntar por nosotras y eso me dio más miedo aún. No quería decir nada a mamá para no disgustarla más. A la mañana siguiente dije que me dolía mucho la cabeza, para no tener que ir a por el pan. Al otro día fui y no le vi. Tres días más tarde, cuando cruzaba una calle, vi al abuelo y a Azor. Entré en la panadería por una calleja a donde daba una puerta trasera. Al salir me encontré de frente con él y me quedé muerta de miedo. El abuelo me miró fijamente otra vez y me acarició la cabeza. Después me cogió de la mano y me llevó con él.

»Azor nos seguía meneando la cola, mientras el abuelo iba encorvado, apoyándose en un bastón porque le temblaban las piernas. En una tienda me compró un mazapán en forma de pez, y otro en forma de gallo, y también caramelos y una manzana. Al abrir el monedero se le cayeron cinco copecs. Cogí la moneda y se la entregué, pero él quiso que me quedara con ella. Después me acarició de nuevo la cabeza y se fue sin decirme nada. Entonces sí se lo conté todo a mamá, que se puso muy contenta y me preguntó todo lo que había pasado.

Lloró de alegría y dijo que no debía tener miedo al abuelo. Seguramente había empezado a tomarme afecto, y debía ser cariñosa con él.

Continuó la pequeña su relato sin que nadie se atreviera a interrumpirla.

—Aunque al día siguiente estaba lloviendo, mamá me hizo pasar por la panadería varias veces, a pesar de que yo le había dicho que el abuelo no iba más que por las tardes. La pobre mamá me siguió de lejos, escondiéndose en las puertas de las casas, y lo mismo hizo al día siguiente. Pero el abuelo no aparecía. Seguía lloviendo y mamá se enfrió y de nuevo tuvo que quedarse en cama.

»Una semana más tarde vi otra vez al abuelo. Me compró mazapán, y al igual que la vez anterior tampoco me dijo nada. Cuando se marchaba, yo le seguí para decirle a mamá dónde vivía. Era bastante lejos, en el cuarto piso de una casa muy grande de otra calle. Ya era muy tarde cuando volví a casa, y mamá estaba preocupada, porque no sabía lo que me había pasado. Se lo expliqué y ella se puso muy contenta. Dijo que al día siguiente iría a ver a su padre. Pero luego empezó a pensarlo y le dio miedo. Terminó quedándose. Tres días estuvo dudando y al fin me dijo: "Nelly, me encuentro demasiado enferma para ir a ver a mi padre. Le he escrito una carta, y te pido que se la lleves tú. Mírale bien cuando la lea y después arrodíllate y pídele que perdone a tu mamá." La pobre lloraba mucho cuando me decía esto. Nos arrodillamos ante un ícono y después de rezar una oración hizo el signo de la cruz sobre mi frente. Quiso acompañarme hasta la puerta, a pesar de que se encontraba enferma, y cuando me marchaba por la calle noté que me seguía mirando desde lejos.

»Cuando llegué a casa del abuelo, vi que la puerta estaba entreabierta, y al abuelo sentado ante la mesa, comiendo pan. Azor le miraba mientras meneaba la cola. La habitación era oscura, con ventanas muy estrechas. Sólo se veía una mesa y una silla. Cuando el abuelo me

vio en la puerta, se puso a temblar, como si estuviera asustado. También yo tenía miedo, pero sin decirle nada me acerqué y coloqué la carta sobre la mesa. Noté que se enfadaba mucho; se levantó con un gesto terrible, cogió su bastón y fue a pegarme, pero me miró y se contuvo. Entonces me empujó hacia la puerta y me dijo de mala forma que me marchase. Comenzaba a bajar las escaleras cuando abrió de nuevo la puerta y me arrojó la carta sin abrirla. Volví a casa y le conté a mamá lo que había pasado. La pobre se sintió mal y tuvo que echarse de nuevo en la cama.

CAPÍTULO VIII

Nelly se vio interrumpida en ese momento por el temblor de un trueno. En los cristales comenzaron a resplandecer las gruesas gotas de un chaparrón, mientras la estancia se hallaba sumida en una profunda oscuridad. Todos permanecíamos en completo silencio.

— No durará mucho — declaró Ikmeniev, mientras echaba un vistazo hacia la ventana.

En seguida se levantó de su sillón y comenzó a pasear por la estancia. Advertí que Nelly no le quitaba la mirada de encima. La niña parecía estar dominada por una inquietud exagerada, casi anormal.

— Bueno, sigue contando — dijo el anciano, y volvió a sentarse en el sillón.

Nelly miró amedrentada a su alrededor, y Ana Andreievna le preguntó:

— ¿No volviste a ver a tu abuelo?

— Pues...

— Sigue, hija mía, sigue — le dijo la mujer, para que se animase.

— Pasaron tres semanas sin que le viera — continuó diciendo la niña —. Era ya invierno y estaba nevando cuando le encontré en el mismo lugar de siempre. Me puse muy contenta, porque mamá tenía miedo de que no volviéramos a verle. En cuanto le vi cambié de acera para que comprendiese que le huía. Al volver la cabeza noté que venía detrás de mí y que luego casi echaba a correr para alcanzarme. Empezó a gritar: «¡Nelly, Ne-

lly!», mientras Azor corría detrás de él. Me dio pena, y dejé de andar. Cuando llegó a mi lado, vio que yo estaba llorando y se agachó dándome un beso. Se dio cuenta de que mis zapatos estaban rotos, y preguntó por qué no me ponía unos mejores. Le contesté que mamá estaba sin dinero, y que comíamos gracias a unos vecinos muy buenos. No contestó nada.

»Luego me llevó con él a un mercado, compró para mí unos zapatos y dijo que me los pusiera. Entonces nos fuimos a su casa. Antes de llegar entramos en una pastelería y me compró un pastel y otros dulces. En su casa me dijo que me comiera el pastel, y mientras yo lo hacía, él me miraba. Azor colocó una pata sobre la mesa, como pidiendo un poco de lo que yo comía. Le di un trozo de pastel y el abuelo parecía contento viéndonos. Después me pidió que me sentara junto a él. Me dio unas palmaditas en la cabeza y me preguntó varias cosas, y si estaba estudiando algo. Me dijo que fuera todos los días a las tres de la tarde, para darme lecciones. Luego me mandó que me fuese hacia la ventana, sin volver la cabeza hasta que él me lo mandara. Miré por la ventana, pero de reojo vi que deshacía la punta de una almohada y que de ella sacaba cuatro rublos de plata. Me los entregó y dijo: "Ten, esto es sólo para ti." Cogí el dinero que me daba, pero luego lo pensé mejor y contesté: "Si son únicamente para mí, no los quiero." Se disgustó mucho y dijo: "Bueno, haz lo que quieras con el dinero. ¡Márchate!" Esa vez no me besó cuando me fui.

La pequeña se quedó un momento pensando. La habitación seguía en silencio.

— Al volver a casa vi que mamá se encontraba peor. Un estudiante de medicina que a menudo iba por la casa del fabricante de ataúdes la cuidaba y le daba algunas medicinas para que las tomase. Yo seguí yendo a visitar al abuelo. Iba más a menudo, tal como me decía mamá. El abuelo me compró un Nuevo Testamento y

un libro de geografía, y me hacía estudiar en ellos. Me enseñaba los países del mundo y las clases de gente que allí vivían. También me hablaba de religión, y me decía que Cristo había perdonado a todos los hombres. Yo le hacía algunas preguntas, y él se ponía muy contento. Me contestaba todo, y me hablaba de Dios a menudo.

»En vez de estudiar, en ocasiones jugábamos con «Azor». El perro me quería mucho, y hasta le enseñé a saltar por encima de un palo. El abuelo se divertía y se reía bastante cuando «Azor» daba un salto. Muy pocas veces se le veía reír. A veces hablaba mucho, pero de pronto se callaba, y parecía dormirse en su silla, aunque seguía con los ojos abiertos. Así se quedaba hasta el anochecer. Me parecía que estaba más viejo, y yo sentía miedo. Cuando llegaba, algunos días me lo encontraba en su silla, pensando, y no parecía darse cuenta de lo que pasaba junto a él. El perro estaba siempre echado a sus pies. Yo aguardaba un rato y empezaba a toser. El abuelo seguía sin verme y entonces yo me marchaba.

»Mamá siempre me esperaba impaciente por saber cómo me había ido en casa del abuelo. Yo me sentaba en el borde de su cama y contestaba a sus preguntas. Nos llegaba la medianoche mientras yo le hablaba de las lecciones y de los relatos del abuelo. También le contaba las cosas del perro, y que sabía saltar sobre un bastón, y lo mucho que se reía el abuelo al verle. Mamá se ponía muy contenta y me pedía que se lo contara todo de nuevo. Luego rezábamos.

»Me preguntaba yo cómo mamá podía querer tanto al abuelo, cuando él no la quería. Una de las primeras veces, le dije al abuelo el gran cariño que le tenía mamá, y le conté algunas cosas de ella. Me dejó que terminara de hablar, y luego vi que estaba muy disgustado. Como se quedó un rato sin hablar, le dije que no entendía por qué mamá siempre se preocupaba de él, mientras que él no parecía interesarse por mamá. Se puso muy enfadado y me echó de su casa. Me quedé un rato en la escalera, y

entonces vi que abría la puerta y me llamaba. Tenía un gesto muy serio. Nos pusimos a leer el Nuevo Testamento, y le pregunté que cómo habiendo dicho Jesucristo que debíamos perdonarnos todos, él, sin embargo, no quería perdonar a mamá. Furioso, me gritó que yo decía aquellas cosas porque me lo mandaba mamá. Entonces me echó de nuevo de su casa, y me mandó que no volviese más por allí. Le contesté que no volvería, y me fui. Al otro día el abuelo se mudó a otro piso.

— Yo os decía que la tormenta no iba a durar mucho — manifestó en ese momento Ikmeniev —. Fijate, Vania, está saliendo de nuevo el sol.

Su mujer le miró primero asombrada, y luego con un gesto lleno de indignación. Cogió a Nelly por las manos, la hizo sentar en sus rodillas y dijo:

— Sigue contando, hija mía. Yo te escucharé, aunque haya gente cruel que se haga la sorda.

Al decir esto se le escaparon las lágrimas. Nelly me miró desconcertada. Ikmeniev observó a su esposa y luego se encogió de hombros.

— Continúa, Nelly — le dije.

Ella siguió con su relato.

— Pasaron tres días sin que viera al abuelo — prosiguió —. Mamá estaba mucho peor. No teníamos dinero para comer ni para medicinas, y los que vivían con nosotros también eran muy pobres y decían que nos aprovechábamos de ellos. Al tercer día, por la mañana, dije a mamá que iba a salir. Ella me preguntó adónde iba y le contesté que a casa del abuelo, a pedirle dinero. Eso la alegró un poco, porque yo había dicho a mamá que no iba a volver nunca a casa del abuelo, aunque ella me pedía llorando que fuese. Cuando llegué a su piso me enteré de que se había mudado, y fui a su nueva casa. Al verme se puso hecho una fiera, dando patadas en el suelo. En seguida le conté que mamá había empeorado y que necesitábamos cincuenta copecs para comer y para comprar una medicina. Dio muchas voces, me arrojó de

allí y cerró la puerta con llave. Desde la escalera le grité que me quedaría sentada delante de la puerta hasta que me diera lo que necesitábamos. Al cabo de un rato se abrió la puerta y volvió a cerrarse sin que el abuelo me dijera nada. Un cuarto de hora después ocurrió lo mismo. Eso se repitió varias veces, y por fin el abuelo salió con Azor, cerró con llave la puerta, y sin decirme una palabra, pasó junto a mí y se marchó. Yo tampoco le dije nada. Seguí sentada en el rellano, y me quedé hasta que se hizo de noche.

Llena de compasión, Ana Andreievna declaró:

— Pobrecita pequeña. Debía de hacer mucho frío en la escalera, ¿verdad?

— Tenía puesto el abrigo.

— De todos modos... ¡Cuánto has pasado, con lo pequeña que eres! ¿Qué hizo entonces tu abuelo?

Le temblaron los labios a Nelly. A duras penas logró contener las lágrimas.

— Cuando ya era de noche se presentó el abuelo. En la oscuridad tropezó conmigo y dijo: «¿Quién es?» Le contesté que era yo, y él no habló de lo asombrado que estaba. Creyó que ya me había ido a casa. Dio unos golpes muy fuertes en el suelo con el bastón, entró en su piso y volvió a salir en seguida. Me arrojó unas cuantas monedas pequeñas, y gritó fuera de sí: «¡Ten, es todo lo que me queda! ¡Dile a tu madre que la maldigo!» Luego cerró la puerta.

«Me arrodillé para buscar las monedas, que estaban esparcidas por el suelo. Mi abuelo debió de darse cuenta de que yo buscaba el dinero en la oscuridad. Salió con una vela y me ayudó a recogerlo. Cuando lo hubo contado, me dijo que eran setenta copecs. Luego volvió a cerrarse en su casa. Regresé junto a mamá y le entregué el dinero, contándole lo que me había pasado. Eso hizo que empeorase. Yo también me sentí enferma esa noche y al día siguiente. Estaba muy disgustada con el abuelo. Cuando vi que mamá se había dormido, me fui a verle a

su casa. Por el camino me detuve en el puente. Me encontré entonces con aquel hombre.

Intervine yo diciendo:

— Era Archipov; ya le he hablado de él, Nicolás Sergueitch. Era el que estaba con el joven comerciante en casa de la Bubnova, y al que dieron una buena paliza. Nelly y él se veían por primera vez. Continúa, Nelly.

— Le paré y le dije si me podía dar un rublo — prosiguió diciendo la niña —. Se rió mucho, y me contestó que le siguiera. Estaba yo sin saber qué hacer, cuando se acercó un señor de edad, con gafas de oro, que me había oído pedir el rublo. Preguntó lo que iba a hacer con ese dinero, y yo le expliqué que mi madre estaba enferma y que teníamos que comprar medicinas. Sacó una libreta, anotó nuestras señas y me dio el rublo. El otro hombre, al ver al de los lentes de oro, se fue sin decirme nada. En la primera tienda que vi pedí que me cambiaron el rublo en copecs. Envolví treinta en un papel y llevé los setenta restantes en la mano. Cuando llegué a casa del abuelo abrí la puerta y tiré al suelo con todas mis fuerzas las monedas. «¡Tenga su dinero, cójalos! ¡Mi madre no acepta su dinero, porque la ha maldecido!» Cerré la puerta y eché a correr.

Los ojos de Nelly despedían chispas, cuando miró a Ikmeniev con gesto provocativo.

— Obraste como debías — manifestó Ana Andreievna, abrazando a la pequeña y sin mirar a su marido —. Tu abuelo era cruel, y se lo merecía.

Nicolás Sergueitch no pudo evitar un gruñido:

— ¡Hum!

— ¿Qué ocurrió después? Vamos, cuéntanoslo — dijo la mujer, impaciente por saber.

— Dejé de ver a mi abuelo, y tampoco él hizo nada por encontrarme.

— ¿Cómo os arreglasteis tú y tu madre? ¡Pobrecillas!

— Mamá había recaído y casi no podía levantarse de la cama — continuó Nelly, con voz trémula de emo-

ción —. No nos quedaba nada de dinero, y entonces salí a pedir limosna con la viuda del capitán. Pedíamos a los que pasaban por la calle y otras veces íbamos por las casas. La pobre viuda me decía que no era una pordiosera, pues tenía documentos donde se afirmaba que su marido había sido capitán; sin embargo, al morir su marido quedó en la calle. A veces enseñaba los documentos, y le daban más limosna. Me decía que no era vergonzoso pedir a todo el mundo. Yo siempre iba con ella, y vivíamos gracias a las limosnas. Mamá llegó a saber esto pues la gente con quienes vivíamos la acusaron de ser una pordiosera. Se presentó un día la Bubnova, y le dijo que en lugar de dejarme que fuera a pedir por las calles, me mandase a la casa de ella. Antes de eso la mujer quiso darnos dinero, pero mamá no lo aceptó, y la Bubnova le echó en cara su soberbia. Otras veces nos había enviado algunos alimentos.

»Cuando la Bubnova le propuso llevarme con ella, mamá se sintió muy apenada y comenzó a llorar. La mujer se había emborrachado y la llenó de insultos, gritando también que era una mendiga. Por la noche echó a la calle a la anciana viuda del capitán. Mamá lloró mucho y por fin me cogió de la mano y me dijo que me fuera con ella. El dueño del cuarto trató de impedirle que se marchara, pero mamá no quería escuchar a nadie y salimos a la calle. Casi no podía tenerse en pie, y debía descansar cada pocos pasos. Entonces me dijo que la condujese hasta la casa del abuelo. Ya era bien de noche y pasamos por una calle muy elegante y bien alumbrada. Frente a una casa se detenían muchos coches con gente bien vestida. Mamá miró aquello y me dijo, al tiempo que me abrazaba con fuerza: «Sigue siendo pobre, Nelly; no te marches con nadie, no vayas con "ellos" aunque te lo propongan. Tendrás derecho a estar ahí, vestida con sedas y joyas; pero no te lo deseo porque son crueles y malvados. No te olvides de lo que te aconsejo: trabaja, sé pobre o incluso pide limosna, pero

cuando te llamen, contéstales: "¡No iré nunca a sus casas!"» Eso me dijo mi madre cuando estaba muy enferma, y yo le haré caso toda mi vida. La obedeceré — agregó la niña, con el semblante arrebatado por la emoción — sirviendo y trabajando; para eso vine a esta casa, y no para que me consideren como una hija.

— ¡Calla, hija mía, calla! — exclamó la anciana abrazando con fuerza a Nelly —. Tu madre estaba muy enferma, la pobre, cuando te aconsejó eso.

— Aún más, estaba loca — intervino Ikmeniev.

— Puede ser — contestó Nelly, mirándole rápidamente —, pero es lo que ella me mandó, y haré siempre eso.

— ¿Qué pasó entonces?

— Cuando me dijo esto, mi madre se desmayó.

— ¡Santo Dios! — musitó Ana Andreievna —. ¡Perder el sentido en la calle, en pleno invierno!

— Algunos querían llevarnos a la comisaría, pero un caballero nos ayudó. Me preguntó el lugar dónde vivíamos y me dio diez rublos, ordenando a su cochero que nos llevase a casa. Mamá no pudo levantarse más, y al cabo de tres semanas murió.

— ¿No llegó a perdonarla tu abuelo? — inquirió Ana Andreievna.

— No, no la perdonó — contestó la niña, con profunda congoja —. Una semana antes de morir me dijo mamá: «Ve a casa del abuelo, Nelly, y pídele por última vez que venga a perdonarme. Cuéntale que voy a morir y que vas a quedar sola y sin ayuda en la vida. Dile que tengo miedo a la muerte...» Fui corriendo hasta el piso del abuelo, y cuando abrió y se dio cuenta de que era yo, quiso cerrar la puerta. Se lo impidi y grité muy fuerte: «¡Mamá se muere y le llama! ¡Venga, por favor!» Pero me apartó de un empujón y cerró la puerta. Al volver a casa me acosté junto a mamá. No me preguntó nada, sólo me abrazó con fuerza, mientras lloraba...

Al llegar a ese punto del relato Nicolás Sergueitch dio un golpe con una mano en la mesa y se puso en pie.

Nos observó de un modo inquietante y luego se dejó caer sobre el sillón, como si no pudiera resistir más. Ana Andreievna no le miraba, pues estaba sollozando y apretaba convulsivamente a Nelly contra su pecho.

— El día antes de su muerte — agregó la niña —, mamá me llamó de nuevo y me dijo: «¡Nelly, siento que voy a morir!» Quiso decir algo más, pero le faltaron las fuerzas. La miré y creí que no me veía. Sólo me cogía una mano y me la apretaba con fuerza. Me aparté con mucho cuidado y me fui corriendo a casa del abuelo. Al verme se levantó de la silla, temblando muy fuerte. Le cogí de la mano y sólo le dije: «Se está muriendo.» Casi sin saber lo que hacía, el abuelo cogió el bastón y se precipitó hacia la puerta, pero se olvidaba del sombrero, pese al frío que hacía.

»Le pregunté si podíamos tomar un coche, pero no tenía más que siete copecs. De todos modos quiso ver si algunos cocheros nos podían llevar por esa suma, pero ellos se rieron de él y de Azor, que le seguía. De modo que tuvimos que ir a pie. El abuelo jadeaba mucho, y al apretar aún más el paso cayó al suelo; su sombrero, que yo había cogido al salir, salió rodando. Le di la mano para que se incorporase, le coloqué el sombrero y le guié hacia casa. Cuando llegamos estaba anocheciendo. ¡Mamá ya había muerto! Al darse cuenta de lo que había pasado, el abuelo se puso a temblar. Cruzó las manos sobre el pecho y se quedó quieto delante de mi madre. Yo le miré y le grité: «¡Mírela, malvado, cruel! ¡Mírela!» Entonces dio un fuerte grito y se desplomó. Creí que también había dejado de existir.

La chiquilla se libró bruscamente del abrazo de Ana Andreievna, y se hallaba ante nosotros temblando de emoción, sumamente pálida.

— ¡Yo seré tu madre, Nelly mía! ¡Dejemos a esos crueles y malvados! ¡Dejémosles que se rían del dolor ajeno! ¡Ya lo pagarán ante Dios! ¡Ven conmigo, pequeña! ¡Marchémonos!

Jamás había visto a Ana Andreievna en aquel trance, y tampoco hubiese creído que fuera capaz de emocionarse tan intensamente. Su marido se puso en pie al verla así, y le preguntó:

— ¿Adónde te marchas?

— ¡Me voy con mi hija, con Natacha! — exclamó al tiempo que se dirigía hacia la puerta, llevando a Nelly de la mano.

— ¡Aguarda, espera un poco, Ana Andreievna! — gritó su marido.

— ¿A qué debo esperar, alma de hielo? Ya estuve esperando demasiado. También para ella ha sido muy larga la espera. ¡Adiós!

Al llegar a la puerta, la mujer se volvió y quedóse inmóvil, llena de asombro, al ver a su marido que cogía el sombrero y con manos temblorosas se colocaba el abrigo.

— ¿Vienes...? ¿Vienes tú también? — inquirió la anciana, sin poder creer en semejante felicidad.

— ¡Natacha! ¡Dónde está mi querida hija? — musitó Ikmeniev, profundamente abatido.

Cogió el bastón que yo le tendía, y avanzó hacia la puerta.

— ¡La has perdonado! ¡La has perdonado! — exclamó Ana Andreievna, con emoción desbordante.

Pero antes de que hubieran llegado al umbral, se abrió la puerta y Natacha entró de repente en la habitación.

Venía mojada de pies a cabeza por la tormenta pasada, y estaba muy pálida, con ojos enrojecidos por la fiebre. El pañuelo que traía sobre la cabeza se le había soltado, y en los desordenados mechones de su hermoso cabello refulgían las gotas de lluvia.

Natacha avanzó corriendo y al ver a su padre lanzó un gemido, le tendió las manos y cayó de rodillas ante él.

CAPÍTULO IX

Pero Nicolás Sergueitch la estrechó en seguida entre sus brazos. Levantó a Natacha como si fuera una chiquilla, y la colocó en el sillón que había ocupado poco antes. Entonces se arrodilló a sus pies, le besó las manos, las mejillas, y se quedó mirándola incrédulo, como si dudase de que volvía a tener consigo a su hija.

— ¡Cielo mío! ¡Mi vida! ¡Mi pequeña! — exclamaba el anciano con voz entrecortada.

No cesaba de apretar entre las suyas las manos de Natacha, y de contemplar su semblante, que aunque demacrado seguía siendo hermoso.

— Natacha mía... — dijo varias veces, y agregó —: ¿Quién dice que había adelgazado? Sí, está un poco más pálida, pero aún sigue siendo muy bella.

Le dominaba una dolorosa alegría, que inundando su corazón ponía en peligro hasta su propia vida. De pronto cesó en sus exclamaciones.

— Tranquilízate, papá, mi querido papá... — dijo Natacha, quedamente —. Acércate, yo también quiero besarte.

— ¡Mi pequeña! ¿Lo has oído, Ana Andreievna? ¿Has oído lo que me dijó?

Abrazó de nuevo estrechamente a su hija, y a continuación agregó:

— No, Natacha, tengo que quedarme de rodillas ante ti, hasta que sienta en mi interior que he sido perdonado. Creo que no merezco tu perdón. Yo fui quien te echó de mi lado, quien te maldijo. Sí, yo te maldije, Natacha.

Sin embargo, tú no podías pensar que lo hacía de verdad. ¡Ah, pequeña alma cruel! ¿Cómo no viniste antes a mi lado? Estabas segura de que te iba a recibir con los brazos abiertos. ¿No recuerdas cómo te he querido siempre? Pues mira, mientras estabas lejos de mí, te quería mucho más aún. Sentía deseos de arrancarme al corazón para colocarlo a tus pies, hija mía...

— ¡Papá, bésame! ¡Bésame como lo hace mamá! — gritó Natacha con los ojos velados por las lágrimas.

— Sí, te besaré como antes, ¿lo recuerdas todavía? — dijo el anciano, cobijándola de nuevo entre sus brazos, lleno de ternura —. Dime, hija, ¿soñabas alguna vez con tus padres? Tú te me aparecías en sueños casi todas las noches. Te veía venir a mí, y no podía contener las lágrimas. En una ocasión te vi como cuando eras una criatura y estudiabas piano. Tenías nueve años y llevabas un vestido de gasa y zapatitos de charol. Tenías las manos muy regordetas. ¿Recuerdas qué sonrosadas eran sus manos, Ana Andreievna? Te acercaste a mí, me abrazaste y te sentaste sobre mis rodillas. No sé cómo has podido pensar por un momento que mi maldición era verdadera y que te echaría, si regresabas a casa. Mira, yo me acerqué muchas veces a donde vivías. No le decía nada a tu madre; nadie lo sabía. Me colocaba enfrente del edificio y aguardaba. Días hubo en que estuve muchas horas esperando. Me decía que tal vez salieras, y así podría verte, al menos de lejos. Ya de noche divisaba una luz en tu ventana. Sólo por ver esa luz y tu silueta, me acercaba a tu casa. Entonces te daba mi bendición, como siempre lo hacía por las noches. ¿También me bendecías tú? ¿Te acordabas de tu padre? ¿No presentías que me encontraba allí, esperando? En invierno subí muchas veces por la escalera, hasta tu piso, y me quedé un rato en silencio, en plena oscuridad. Pegaba el oído a tu puerta, con la esperanza de oír una voz o una risa tuyas... ¿Piensas que he podido maldecirte? Hace muy poco me presenté ante tu puerta, resuelto a perdonarte, pero

al ir a llamar no tuve valor y me volví. ¡Natacha, hija mía!

El anciano se puso en pie, hizo levantar a su hija y la estrechó contra su corazón.

— ¡Y ahora te tengo aquí, otra vez, a mi lado! —agregó gozoso—. ¡Mil gracias te doy, Señor mío! ¡Gracias por tu ira y tu benevolencia, por el sol que brilla sobre nosotros cuando pasa la tormenta! ¡Mil gracias por la dicha de estos momentos! Es cierto que nos han humillado y ofendido, pero de nuevo estamos unidos. Pueden vanagloriarse los que nos insultaron; pueden lanzarnos piedras, si quieren. Nada temas, hija mía, nos acercaremos cogidos de la mano a nuestros enemigos, y les diré a la cara: «Esta es mi hija idolatrada! ¡La habéis ofendido y humillado; yo, en cambio, la adoro y la bendigo de todo corazón!»

Natacha me tendió una mano, mientras su padre aún la retenía en un fuerte abrazo, y musitó:

— ¡Vania! ¡Vania!

¡Nunca podré olvidar la emoción que sentí, al ver que se acordaba de mí en esos momentos!

De repente el anciano miró a su alrededor y preguntó:

— ¿Y Nelly? ¿Dónde está?

— Sí, pobrecilla. ¿Dónde está mi niña? — dijo la anciana —. No nos acordamos de ella.

En efecto, la pequeña no se encontraba en la estancia. En silencio se había marchado al dormitorio. Corrimos allí, y al vernos entrar encogióse llena de temor detrás de la puerta. El anciano le preguntó:

— ¿Qué te ocurre, Nelly? ¿Qué temes, hija mía?

La chiquilla parecía trastornada por completo; tendió sus manos hacia nosotros y exclamó:

— ¡Mamá, mamá! ¿Dónde está mi madre?

Luego se escapó de su garganta un grito lleno de angustia. El semblante se le contrajo convulsivamente, y presa de un violento ataque se desplomó al suelo.

EPÍLOGO

ÚLTIMOS RECUERDOS

Terminaba ya el mes de junio y el día era terriblemente caluroso. Resultaban un verdadero tormento hallarse en la ciudad, entre el polvo y la cal de las casas en construcción, y la atmósfera enrarecida por infinitas emanaciones. Por suerte se dejó oír un trueno hacia el horizonte, y poco después el cielo comenzó a oscurecerse, levantándose un viento que alzó torbellinos de polvo.

Las primeras gotas de lluvia cayeron pesadamente, y en seguida pareció abrirse el firmamento y un verdadero diluvio se abatió sobre la ciudad. Había transcurrido escasamente media hora cuando el sol lucía de nuevo en el cielo.

Me acerqué a la ventana de mi habitación, la abrí y aspiré a pleno pulmón. Embriagado por la frescura del aire, tuve la tentación de arrojar la pluma, dejar el trabajo, olvidar a mi editor y correr a Vasili Ostrov, a casa de mis amigos. Sin embargo, y aunque la tentación era muy poderosa, se impuso mi fuerza de voluntad y volví a aplicarme a la tarea con mayor brío que antes. Tenía que terminar el encargo a toda costa, ya que el editor me lo exigía cuanto antes, y si no le complacía no me daría más dinero. Por otra parte, los míos me aguardaban; si en ese momento no podía ir, al llegar la noche quedaría ya libre y podría resarcirme de los dos días con sus noches que me había pasado escribiendo cuartillas y más cuartillas, sin levantar la cabeza.

Por fin terminé mi trabajo. Abandoné la pluma y me puse en pie, sintiendo un fuerte dolor en la espalda y el pecho, así como una gran opresión en la cabeza. Tenía los nervios agotados y sentía la sensación de que escuchaba todavía a mi viejo amigo, el médico, diciéndome: «No hay organismo que aguante una tensión semejante.» Le parecía imposible, pero hasta ahora había sido perfectamente posible.

Me daba vueltas la cabeza y casi no podía mantenerme en pie; sin embargo, mi alma estaba inundada de gozo. Había concluido mi novela, y el editor, aunque ya me había pagado bastante a cuenta, sin duda me daría algo más cuando le entregase el original, aunque sólo fueran cincuenta rublos, suma que desde hacía mucho tiempo no tenía en mis manos. Sí, podía considerarme con libertad y dinero. Lleno de contento, cogí mi sombrero y con el manuscrito debajo del brazo me marché de casa rápidamente, para ir a la de Alejandro Petrovitch.

Estaba al punto de salir cuando le encontré. Terminaba de formalizar un trato con un judío de morena piel con el que habló por espacio de un par de horas. Al despedir al judío me presenté yo. Con gesto amable me dio la mano Alejandro Petrovitch, y luego me preguntó con su voz sorda y pastosa, si me encontraba bien de salud. Para mí es uno de los mejores hombres que existen, y siempre le he estado muy agradecido. Aunque sea un hombre de negocios, lo cierto es que la literatura precisa de ellos. Así lo entendió él en su debido momento, y se metió a editor, con buena fortuna. ¡Honremos a Alejandro Petrovitch, por su acierto!

Se entera, lleno de contento, de que ya he terminado la novela, lo que asegura su publicación en el próximo número de su revista. Luego se muestra asombrado de que haya podido acabarla, y a continuación abre su caja de caudales y me entrega los cincuenta rublos prometidos. También me enseña un voluminoso periódico ene-

migo, que en su sección de crítica de libros analiza mi última novela.

Echo un vistazo a la crítica y veo que la firma un tal *Copista*, el cual no censura mi obra, aunque tampoco la alaba, y ello, al menos, me deja tranquilo. Pero afirma, entre otras cosas, que mis novelas «huelen a sudor», con lo que se interpreta que escribo tan laboriosamente y pudiendo tanto los detalles, que el estilo llega a ser afectado.

Nos echamos a reír el editor y yo, ante este juicio, y más cuando le digo que mi última novela corta la escribí casi toda en un par de noches. Eso le asombraría a *Copista*, que critica la minuciosidad de mi trabajo.

— Nadie más que usted tiene la culpa, Iván Petrovitch — me dice —. No debiera retrasarse tanto, y de ese modo no se vería obligado a terminar su trabajo por las noches.

Como ya he explicado, Alejandro Petrovitch es una persona muy agradable, aunque tiene un punto flaco, le gusta exponer sus opiniones ante quienes él considera que son entendidos. Yo prefiero no discutir de literatura, y cogiendo mi dinero me pongo en pie para marcharme. En ese momento el editor se marcha también y ofrece llevarme en su coche, recién comprado.

— ¿No lo ha visto aún? — me pregunta —. Es realmente magnífico.

Subo con él comprendiendo que en esos primeros días en que disfrutaba del vehículo, seguramente se sentía obligado a enseñárselo gozosamente a sus amigos.

Una vez dentro del coche sigue insistiendo en sus opiniones literarias. Con toda libertad me da como propios algunos juicios que ha oído en alguna parte. Pero ahora se trata de las mismas ideas que yo había emitido pocos días antes, y que justamente dieron lugar a una fuerte discusión con él. Se le nota muy ufano en su coche nuevo, y se las da de literato, derrochando sabiduría ajena.

Pero yo he dejado de escucharle. Al llegar a Vasili

Ostrov desciendo del vehículo y corro hacia la casa de mis amigos. Me encuentro ya en la calle trece, y entro en la casita donde vive el matrimonio amigo. Al verme llegar, Ana Andreievna se coloca el índice sobre los labios, para que no haga ruido, y me dice en voz baja:

— Nelly se acaba de dormir. Procura no despertarla. La pobrecilla se encuentra muy débil y estamos muy apenados. Dice el doctor que no es nada grave. A ver si tú consigues que te explique algo más. Quizá tengas un poco la culpa de lo que ocurre. Te aguardábamos a la hora de la comida y no viniste. Y Nelly te estaba esperando con impaciencia, la pobre. Has hecho muy mal al no venir estos dos últimos días.

— Les advertí que tardaría en hacerlo — repuse —. Tenía que terminar mi trabajo.

— Sí, pero también habías prometido venir hoy a comer con nosotros. Hasta la niña se levantó de la cama, para recibirte. Tuvimos que sentarla en el sillón, y nos decía que iba a esperarte con nosotros. ¡Y luego tú no apareces! ¿Dónde te habías metido, despreocupado? Son ya cerca de las siete. La pobre Nelly se puso tan inquieta que no atinábamos a tranquilizarla. Por suerte ahora el angelito se ha quedado dormido. Nicolás Sergueitch se marchó a la ciudad; parece que le ofrecen un puesto en Perm.

— ¿Dónde está ahora Natacha?

— Ha ido al jardín. Vete a verla, siquieres, Vania. Tampoco ella está tan contenta como yo desearía. Algo le ocurre, y no puedo saber de qué se trata. No imaginas lo preocupada que me encuentro. Asegura que está muy contenta, y que se siente dichosa, pero no puede engañar a su madre. Quizá te lo diga a ti, antes que nosotros.

Fui a buscar a Natacha al jardín de la casa que mide unos veinte pasos de largo por otros tantos de ancho. Es un pequeño rectángulo de espléndido verdor, y en él crecen tres árboles frondosos y algunos abedules jóvenes, así como matas de lilas y madreselvas, un macizo

de frambuesas y parterres de fresas, todo ello cruzado por dos sinuosos senderos, uno a lo largo y otro a lo ancho del jardín.

Ikmeniev adoraba el jardínillo, y Nelly también se había encariñado con él, por lo que solían llevarla en el sillón. En cuanto me vio, Natacha corrió llena de gozo a mi encuentro. La noté bastante desmejorada, pues acababa de salir de una enfermedad.

— ¿Terminaste la novela, Vania? — inquirió.

— Sí, y también la he entregado, de modo que ya puedo considerarme libre.

— Me alegra mucho oírtelo decir. Pero me parece que te has dado demasiada prisa. ¿No te habrá perjudicado el esfuerzo?

— No podía ser de otra forma. Cuando escribo pongo en tensión mi espíritu. Aprecio con claridad las imágenes, y noto una mayor penetración. Escribo con fluidez, y ésta aumenta conforme crece la tensión. Todo ha salido bien.

Natacha lanzó un suspiro. Desde hacía unos días volvía a interesarse por mis asuntos literarios, leía las críticas de mis obras y me preguntaba los proyectos que tenía para el futuro. Todo su deseo era que yo llegase a ocupar un sitio preferente en la literatura.

— Vania — me dijo en seguida —, me parece que te estás agotando; trabajas demasiado y puede resentirse tu organismo. Recuerda que Oroniov empleó dos años en terminar una novela, mientras que Punin sólo edita una cada diez años. En el intervalo se dedica a pulir su obra, para que no aparezca en ella un solo desliz ni repetición.

— Conforme, pero me estás hablando de autores de posición acomodada, que no están obligados a hacer entregas en plazos determinados. Yo, en cambio, soy una bestia de carga. En fin, tanto da, Natacha querida; es mejor que cambiemos de tema. ¿Qué tienes de nuevo para contarme?

— Unas pocas novedades. Principalmente una carta que me ha llegado de «él».

— Entonces, ¿te ha escrito de nuevo?

— Así es.

Natacha me entregó una carta de Aliocha, la tercera que recibía desde que él se marchara. Escribió la primera al llegar a Moscú, cuando al parecer se encontraba bajo los efectos de una crisis de nervios. Aseguraba que las cosas habían salido de tal modo que le resultaba imposible volver a San Petersburgo, como había prometido. En la segunda afirmaba que llegaría muy pronto para casarse con Natacha, lo que nadie podría impedir. A pesar de su aparente certeza, notábese que se encontraba desesperado y envuelto en un mar de dudas. Afirmaba que en esos momentos Katia era su único apoyo, su único consuelo.

La tercera carta constaba de ocho cuartillas de escritura desigual, manchadas con tinta y mojadas de lágrimas. Desde las primeras líneas advertía Aliocha que renunciaba a Natacha, y le pedía que le olvidase. Procuraba demostrar que la unión de los dos era un hecho imposible. Aseguraba que influencias ajenas a su voluntad le estaban venciendo poco a poco, y que los dos, si llegaban a unirse, no harían más que labrar su desdicha, ya que eran caracteres dispares.

De improviso parecía no aguantar más y volvía a su forma habitual de expresarse. Llamábbase desalmado, falto de carácter para enfrentarse con su padre, y afirmaba que estaba sufriendo mucho, pues sabía que podía llegar a hacer feliz a Natacha, argumentando que los dos estaban destinados a unirse para siempre. Describía entonces el panorama de dicha de que disfrutarían si Natacha y él se casaban, se culpaba de cobarde, y terminaba diciendo adiós para siempre al único amor de su vida. El estilo de la misiva daba la sensación de que Aliocha estuviese trastornado.

A continuación Natacha me dio una carta que le ha-

bía llegado de Katia junto con la de Aliocha, pero en otro sobre. La joven le contaba suavemente que Aliocha se encontraba muy triste. Lloraba sin cesar y hasta parecía hallarse enfermo, pero ella estaba a su lado y procuraba hacerle dichoso. Tenía que pasar algún tiempo para que él fuera consolándose, ya que el amor que sentía por Natacha era muy intenso. Después agregaba: «Nunca podrá olvidarla, Natacha; la ama y siempre la amará. Si deja de quererla un día, mostrando indiferencia hacia su recuerdo, creo que yo dejaría de amarle.»

Devolví ambas cartas a Natacha y permanecimos un buen rato en silencio, contemplándonos con aire abatido. Tratábamos de no pensar en el pasado, y me daba cuenta de que ella estaba sufriendo intensamente. Sin embargo, el dolor la hacía más fuerte en mi presencia. Al regresar junto a sus padres cayó enferma y estuvo tres semanas en la cama. Ahora se había iniciado su convalecencia. Tampoco hablamos de los cambios que se avecinaban, ya que su padre había conseguido un puesto y ello haría que tuviéramos que separarnos.

Natacha me hablaba con dulzura y afecto, y se interesaba mucho por lo que yo hacía, como queriendo resarcirme de todo lo que me había hecho sufrir anteriormente. No tardé en ahondar más en aquellas impresiones y en su corazón, y me di cuenta de la verdad: Natacha me quería. Era tanto su cariño que no podía estar sin mi compañía, sin saber lo que me preocupaba. Nunca hubo una hermana que tuviera tanto cariño a su hermano, como ella me lo tenía a mí. Sobre todo, sufría pensando en nuestra próxima separación, y más sabiendo que yo tampoco podía estar alejado de ella. No obstante procurábamos disimular nuestros sentimientos, aunque no dejábamos de comentar los acontecimientos que tendrían lugar dentro de poco.

Pregunté a Natacha por su padre.

— Volverá pronto. Me dijo que estaría en casa a la hora del té.

—¿Se sabe algo relativo a su nuevo puesto?

—Ya es asunto decidido —repuso ella, con tono pensativo—. Creo que hoy no necesitaba ir allí para nada, y bien pudo ir mañana. Seguramente se marchó porque recibí la carta. Creo que está enfermo de preocupación, por causa mía. Me apena ver lo mucho que me quiere. Cada una de mis penas se refleja hondamente en su alma. En ocasiones advierto que trata de disimular su preocupación y toma un afectado aire de alegría. Mamá también se da cuenta de que está fingiendo y se aflige mucho. Mi padre es un alma cándida y sencilla, que no sabe disimular. Al recibir yo la carta, papá fue a ocultarse en algún rincón para que no le viera el semblante. Lo cierto es que le quiero más que a nadie, más que a mí misma e incluso más que a ti, Vania —agregó con un susurro, mientras oprimía mis manos fuertemente.

Dimos algunas vueltas por el jardín, y al cabo de unos minutos de silencio, manifestó:

—Masloboiev se presentó aquí ayer, y aseguró que hoy volvería.

—Hace una temporada que nos ha cobrado afición —le contesté.

—¿Acaso no sabes por qué viene? Mamá tiene ahora en él una fe ciega. Cree que sabe mucho de leyes y reglamentos, y le considera capaz de solucionar cualquier problema. ¿No sabes qué se le ha metido a mi madre en la cabeza? Le aflige que yo no me haya convertido en princesa, y a causa de ello casi no puede vivir tranquila. Ha presentado el caso a Masloboiev, para que lo arregle con el código en la mano. Sin embargo, Masloboiev no está de acuerdo con ella, y para que se anime, mamá le invita a beber.

—Es un verdadero lince, y siempre sabe escabullirse. De todos modos, me pregunto de qué forma has llegado a saber eso.

—Lo sé por mamá, que no puede dejar de hacerme alguna insinuación de vez en cuando.

—¿Cómo se encuentra Nelly? —inquirí.

—Bueno, veo que por fin te has acordado de ella —me contestó Natacha, reconviniéndome.

La chiquilla se había convertido en el ídolo de la casa. Natacha la quería con toda el alma, y Nelly terminó por corresponderle con el mismo afecto. La pobre criatura no esperaba que hubiera en el mundo gentes que pudiesen quererla de aquella forma, y su pequeño corazón cohibido se abría por completo ante nosotros. Respondía a nuestro afecto con una pasión casi enfermiza, totalmente distinta a la suspicacia de antes. Por más que en los primeros días se comportase con obstinación y se escondiera de vez en cuando, para que no la viéramos llorar, al fin terminó por ceder.

Cobró afecto primero a Natacha y más tarde a su padre. En cuanto a mí, había llegado a ser tan imprescindible para ella, que cuando estaba unos días sin ir a verla, su estado empeoraba. En la última ocasión que me alejé de su lado, con objeto de terminar mi novela, tuve que urdir una serie de disculpas para que se tranquilizase. No obstante, aún se sentía avergonzada cuando tenía que demostrar con franqueza sus sentimientos.

Estábamos todos muy preocupados por la niña. Tácitamente, sin que habláramos de ello, se resolvió que Nelly se quedaría en casa de los Ikmeniev. Sin embargo, el momento del viaje se acercaba y la pequeña se sentía peor cada día. En realidad, siempre había estado enferma, pero ahora aumentaba rápidamente la gravedad de su estado. Los ataques se sucedían cada vez con mayor frecuencia, y la fiebre y la tensión nerviosa la estaban agotando. No obstante, sucedía algo extraordinario: al tiempo que su dolencia se agravaba, ella se volvía más dócil y cariñosa. El último día que fui a visitarla, al acercarme a su lecho me cogió por una mano y me atrajo hacia ella. Tenía enrojecidas las mejillas y sus ojos relucían como ascuas. Con un ademán convulsivo me abrazó estrechamente. Luego me pidió que llamara a

Natacha. Al llegar ésta, quiso que se sentara en la cama, junto a ella.

—Tenía muchos deseos de verte —le dijo—. Anoche soñé contigo, y sé que hoy volveré a hacerlo. Todas las noches te apareces en mis sueños.

La chiquilla procuraba expresar un sentimiento que la atenazaba, sin que ella misma se diera cuenta ni supiera el modo de manifestarlo.

Después de mí, a quien más quería era a Nicolás Sergueitch, el cual la miraba lo mismo que si fuera su hija, y parecía tener el don de distraerla. No hacía más que entrar en la habitación de la niña, y ya comenzaban las carcajadas y las bromas. Nelly le hablaba alegremente y se burlaba con ternura e inocencia de él. Luego le contaba sus sueños, y siempre tenía algo que decirle. También el anciano estaba lleno de contento, y se le veía cada vez más dichoso, cuando salía de su habitación.

—El Señor nos la ha enviado como pago por nuestros sacrificios —me dijo una noche, cuando salía de la alcoba de Nelly, a la que había ido a ver para bendecirla, como hacía siempre antes de que ella se durmiera.

Casi todas las veladas las pasábamos juntos. Acudía asimismo Masloboiev, y también el anciano doctor, que se había hecho muy amigo de Ikmeniev. Traían a Nelly en su butaca y todos nos situábamos alrededor de la mesa. Se dejaban abiertas las puertas del balcón y nos dedicábamos a admirar el cuidado jardínillo, que iluminaban los rayos rojizos del sol poniente, mientras llegaban a nosotros los efluvios de las matas llenas de flores.

Nelly nos observaba en silencio, con tierna expresión, y escuchaba lo que hablábamos. También se animaba en ocasiones, y comentaba algo. Siempre la escuchábamos con cierto temor, porque algunas evocaciones constituían un peligro para ella. Nos dábamos cuenta de que habíamos obrado con crueldad la ocasión en que le pedimos que nos contara su historia. El médico era siempre con-

trario a que se abandonara a aquellos recuerdos y por ello cada uno de nosotros procuraba cambiar el giro de la conversación de un modo diferente. Fingía Nelly que no se había dado cuenta de nuestras intenciones, y terminaba echándose a reír con alguna observación de Ikmeniev o del doctor.

Pero era evidente que día a día empeoraba. Se la notaba muy impresionable y según afirmaba el médico, el corazón le latía irregularmente, por lo que podía producirse un triste desenlace en cualquier instante. Yo no quise contar nada de esto a los Ikmeniev, a fin de no entristecerlos. El marido, justamente, tenía la certeza de que Nelly estaría del todo restablecida cuando llegase la hora del viaje.

— Ya está aquí papá —manifestó Natacha, al oír la voz de Ikmeniev —. Vamos a buscarle, Vania.

En cuanto entró en la casa, el viejo comenzó a hablar en voz alta, como solía hacerlo. Se dio cuenta de los gestos que le hacía su mujer, y se calló. Ana quería darle a entender que Nelly estaba durmiendo. Entonces Ikmeniev relató cómo le había ido en sus gestiones. Le habían asegurado el puesto, y estaba muy contento.

— Dentro de quince días nos marcharemos —aseguró, mientras se frotaba las manos y observaba de reojo a su hija Natacha.

Esta se aproximó a él para besarle, lo que le dejó aún más satisfecho.

— Sí, queridos míos, nos vamos —manifestó lleno de alegría el anciano —. Mi única tristeza, Vania, es que tendremos que separarnos de ti.

Debo hacer notar que en ningún momento me propuso que les acompañase, lo que nunca habría dejado de hacer, de estar al corriente de que yo amaba a su hija.

— Es muy lamentable; pero, ¿qué remedio nos queda? El cambio de residencia servirá para reanimarnos a

todos. Variando de ambiente, «todo» cambiará — agrego Ikmeniev, mirando a su hija significativamente.

Esa era la idea del anciano, y ello le hacía profundamente dichoso.

— Pero, ¿y Nelly? — inquirió Natacha.

— Se encontrará perfectamente, para entonces. ¿No lo crees así, Vania? — me preguntó inquieto, como esperando que le sacara de la duda. — ¿Cómo está la pequeña? ¿No le sucedió nada mientras estuve fuera de casa? Llevemos la mesa junto al balcón, y que dispongan el samovar. Nos sentaremos en torno a la mesa cuando lleguen nuestros amigos, y Nelly nos acompañará, como de costumbre. ¿Es que no se ha despertado aún? Voy a echarle un vistazo. No, no tengas miedo, Ana Andreievna; sólo me asomaré un poco por la puerta, sin despertarla. Puedes estar tranquila, mujer.

La pequeña estaba ya despierta, y la llevamos en su sillón hasta el comedor. Una vez que estuvimos sentados como siempre, llegó el viejo doctor, y poco más tarde mi amigo Masloboiev, que venía con un gran ramo de flores para Nelly. No obstante, se le notaba apesadumbrado.

He dicho ya que Masloboiev solía venir a menudo a casa de los Ikmeniev. Todos le habían cobrado allí un gran cariño, sobre todo Ana Andreievna. Sin embargo, no se hablaba jamás de Alejandra Seminiovna. Ana Andreievna estaba al corriente de que aquélla no había logrado legalizar aún su situación de esposa, por lo que decidió que no debía recibirla, ni nombrarla tampoco. Los demás se mostraban conformes, aunque no se habló expresamente del asunto. Pero de no estar presente Natacha, y de no haber ocurrido los tristes sucesos anteriores, seguramente habrían obrado con menos severidad.

Yo advertí que aquella noche Nelly se encontraba preocupada, como el que ha tenido un mal sueño y continúa bajo los efectos del mismo. Las flores que le trajo

Masloboiev fueron para ella un motivo de satisfacción, y después de colocarlas en un florero las miró muy contenta.

— Así que te gustan las flores, ¿eh, Nelly? — manifestó Ikmeniev, y añadió: — Entonces, ya verás; mañana, yo... bueno, ya verás...

— Claro que me gustan mucho — contestó la chiquilla. — Me acuerdo ahora de una sorpresa que queríamos dar a mamá cuando todavía vivíamos allá — sin duda se refería al extranjero. — La pobre mamá estuvo enferma algún tiempo, y Enrique y yo nos pusimos de acuerdo para colocar flores por primera vez en la habitación cuando se levantase de la cama. Luego, una tarde, ella nos propuso sentarse con nosotros al día siguiente. Entonces madrugamos. Enrique fue a comprar un gran ramo de flores y adornamos el comedor con guirnaldas. Había muchas flores bonitas, narcisos, rosas, unas rosas preciosas, y muchas flores más. Las colocamos en jarrones, y también en macetas que Enrique distribuyó por las esquinas del comedor y junto al sillón donde iba a sentarse mamá. No se podrían imaginar la sorpresa que se llevó ella. Hasta aplaudió de contenta que estaba. También Enrique parecía muy satisfecho.

Cuando terminó de hablar, Nelly me pareció más débil que de ordinario. Aunque el médico le dijo que no le convenía, ella quiso seguir hablando y se refirió a sus viajes, lo que había hecho «allá», cuando vivía con su madre y Enrique. Todo parecía recordarlo perfectamente, y se expresaba con voz emocionada cuando hablaba del azul del cielo, de los montes nevados, los arroyos y torrentes, los lagos y valles de Italia, de los campesinos de piel tostada y ojos negros. También recordaba las hermosas ciudades, con muchos palacios e iglesias de altas agujas. Más hacia el sur estuvo en una población que tenía un cielo y un mar de un intenso azul. Todos callábamos, escuchándola embelesados, pues jamás nos había contado sus recuerdos tan detalladamente.

Hasta entonces no había hecho más que hablarnos de una ciudad oscura, de ambiente enrarecido, con palacios lujosos, pero de fachadas grisáceas. Nos contaba de sus malvados habitantes, que en más de una ocasión hicieron sufrir intensamente a su madre y ella. Las imaginaba a las dos solas, recordando los tiempos pasados y a Enrique, ya desaparecido. También me venían a la mente aquellos detalles en contraste con los días en que la Bubnova, obrando bestialmente, pretendía llevarla por el mal camino.

Como era de prever, una conversación tan prolongada no hizo más que perjudicarla. Nelly se sintió indispuesta, y tuvimos que conducirla en seguida a la cama. El anciano médico se mostraba inquieto, quejándose de que se le hubiera permitido a la niña aquel exceso. Nelly fue víctima de un ataque, y perdió el conocimiento. Al volver en sí pidió que me llamaran. Tanto suplicó al anciano médico, que éste resolvió acceder a su ruego.

En cuanto estuvimos a solas, la chiquilla me dijo en voz baja:

— Ellos creen que voy a acompañarles en su viaje, Vania, pero se equivocan. Yo quiero quedarme contigo, como antes. Para eso quería hablarte.

Procuré que entrase en razón, asegurando que para los ancianos era ya como una segunda hija, y que sufrían mucho si se enteraban de lo que había decidido. Por el contrario, su vida a mi lado sería sumamente dura, además de que por mucho que yo la quisiera, al fin tendríamos que separarnos. A mis razones contestó ella:

— ¡No, no puede ser! Muchas noches sueño con mamá, y me dice que debo quedarme, que no me marche con ellos. Me dice llorando que cometí un gran pecado al dejar al abuelo. Yo prefiero quedarme aquí, porque de ese modo puedo ir a ver al abuelo.

— Sabes bien que tu abuelo ha muerto, Nelly — le contesté lleno de asombro.

Ella me miró arrugando el entrecejo, y después de vacilar un momento agregó:

— Por favor, Vania, vuelve a contarme cómo murió el abuelito. Dime lo que pasó.

Hice lo posible por complacerla, a pesar de que Nelly no estaba del todo repuesta, ni parecía haber recobrado una lucidez completa.

Me escuchó con toda atención, y todavía tengo presente en mi memoria sus oscuros ojos, que relucían febrilmente y me observaban con intensidad mientras le hablaba. Nos encontrábamos casi en la oscuridad.

— ¡No, el abuelo no ha muerto! — exclamó —. Mamá siempre me habla de él, y cuando ayer le conté que ya no vivía, se echó a llorar y me dijo que estaba equivocada, que aunque le creyese muerto seguía viviendo. Pedía limosna, e iba siempre al lugar donde Nelly y su madre le habían encontrado al volver a San Petersburgo, y donde ella fue reconocida por Azor.

— Has sufrido una pesadilla, Nelly — le contesté —. Todo es debido a que no te encuentras bien de salud.

— También yo creí que era un sueño, y al principio no se lo conté a nadie. Iba a decírtelo sólo a ti. Pero cuando te esperaba, me dormí y pude ver al abuelo. Estaba sentado en su habitación, aguardándome. Tenía un aspecto muy raro, y le noté aún más delgado. Cuando empezó a hablar, vi que estaba muy disgustado y que me reñía por no haber ido a verle. No habían comido en dos días ni él ni Azor, y tampoco tenía tabaco. Es cierto lo que te digo, Vania, porque después de que murió mamá me lo dijo en una ocasión, cuando se encontraba enfermo.

»Hoy me lo dijo de nuevo y pensé que debía ir a pedir limosna al puente, para poder comprarle pan y tabaco. Después me vi en el puente, pidiendo a los que pasaban. De repente se presentó el abuelo, se acercó a mí, y al ver lo que yo tenía en la mano, dijo: «Eso ya me basta para comprar pan; pide ahora para que pueda

adquirir tabaco.» De nuevo me pongo a pedir, y cuando vuelve el abuelo me quita el dinero de mala manera, enfadado. Le aseguro que le entrego todo lo que me dan, pero él responde: «Me estás robando. La Bubnova me dijo que eres una ladrona, y no pienso llevarte a casa. Me parece que te has quedado con una moneda de cinco copecs. ¿Dónde la escondiste?» Yo empecé a llorar, pero él, sin hacerme caso, continuó gritando: «¡Me robaste cinco copecs!» Luego me pegó, y me dolía mucho y lloré sin parar. Sé que no ha muerto, Vania. Está sin nadie que le ayude, y espera que vaya a su lado.

Hice lo posible porque atendiera a mis razones, y al cabo de un tiempo lo logré. Aseguró que le daba miedo dormirse, porque entonces vería al abuelo. Luego me abrazó con fuerza y me besó.

— Nunca podré alejarme de ti, Vania — declaró, al tiempo que oprimía su semblante contra el mío —. Aunque no sea cierto lo del abuelo, me quedaré siempre junto a ti.

Más tarde conté al médico las pesadillas que había sufrido la pequeña y le pedí su opinión.

— Es pronto para aventurar algo — repuso —. Hay aún que observar muchos detalles, y por ahora no puede decirse nada. Lo que sí puedo asegurar es que no llegará a curarse. La pequeña morirá. Como usted me dijo que no quería preocupar a los dueños de esta casa, nada les dije al respecto. Mañana propondré una consulta, y quizás logremos que la enfermedad tome otro curso. Me apena esa chiquilla, como si fuera una hija mía.

Por su parte, Ikmeniev se mostraba muy preocupado, y me dijo:

— He pensado en lo mucho que le gustan a Nelly las flores, Vania, y decidí que debemos prepararle una sorpresa para mañana, cuando despierte. Será algo parecido a lo que prepararon ella y Enrique a su madre. ¿No has notado la alegría con que lo contaba?

— Pero justamente tenemos que evitarle las emociones excesivas — contesté.

— Sí, claro, pero lo que yo preparo es una emoción agradable. Puedes tener la seguridad de que no correrá ningún riesgo; en cambio, tengo la convicción de que eso la pondrá mucho mejor.

El anciano se había entusiasmado con su idea, y no fui capaz de contrariarle. Traté de hablar con el médico, antes de hacer nada, pero Nicolás Sergueitch ya estaba resuelto a poner en práctica su proyecto.

Antes de salir de la casa, agregó:

— No lejos de aquí hay un jardinero al que podemos comprar a precio conveniente muchas plantas y flores. Acláraselo bien a Ana Andreievna para que no vaya a enojarse por lo que gastemos. Otra cosa, ¿dónde piensas ir ahora? Terminaste tu trabajo y estás libre, así que para nada necesitas regresar a tu casa. Más vale que duermas en casa como antes, en la habitación de arriba. Tu cama ha quedado como cuando la dejaste; te aseguro que dormirás perfectamente. Bueno, no hablamos más del asunto, te quedas, ¿eh? Nos levantaremos al amanecer, traeremos las flores, y para la hora del desayuno habremos dispuesto los adornos. Natacha nos ayudará en eso, puesto que tiene muy bien gusto. ¿Estás decidido, Vania?

No podía hacer otra cosa que contestar afirmativamente. El viejo fue a encargar las flores, mientras el médico y Masloboiev se despedían y se marchaban, ya que los Ikmeniev solían acostarse pronto. Al marcharse, Masloboiev me dio la sensación de que estaba preocupado, como si quisiera decirme algo. Al llegar a mi alcoba recibí una sorpresa al verle sentado ante la mesa, leyendo un libro.

— He regresado, Vania, pues debo hablar contigo, y creo que conviene hacerlo cuanto antes. Es algo realmente canallesco.

— ¿Qué ocurre?

— Me refiero al truhán del príncipe. Hace quince días que me puso furioso, y aún no se me ha pasado.

— Entonces, ¿sigues tratándote con él?

— Bueno, ya empezamos con las preguntas. En eso te pareces a mi mujer, y a todas ellas. Son inaguantables, y no puedo soportarlas.

— Vamos, no te pongas así.

— Es que me gusta considerar las cosas como son, sin hacer una montaña de todo.

Luego guardó silencio, como si estuviera disgustado. Al ver que yo no respondía, añadió:

— El caso es que poseo un indicio, aunque no es muy seguro, pero tengo la impresión de que la pequeña Nelly puede ser..., en fin, que puede ser hija legítima del príncipe.

— ¿Qué estás diciendo?

— Lo que acabas de oír. Pero te ruego que no hagas preguntas. Nunca puedo entenderme con las gentes de ese tipo —aseguró con grandes ademanes—. ¿Es que te he dado seguridad? ¿Te dije categóricamente que la niña sea realmente hija de él?

Como persistía en su enfado, y yo deseaba conocer más detalles, declaré:

— Dios del cielo, habla claro y deja ya de gritar. Comprendo lo que me dices, pero debes hacerte cargo de lo importante que es el asunto, y de las consecuencias que de ello pueden derivarse.

— No sé de qué consecuencias me hablas, cuando no hay prueba alguna. Las cosas no se hacen de esa forma. Comprende que lo que ahora teuento es un secreto. Ya te diré más adelante por qué hablo de este asunto. Ten la bondad de no hablar y escucha en silencio. Además, debes ser muy discreto. Bien, a lo que íbamos. El pasado invierno, antes de morir Smith, el príncipe se ocupó del asunto en cuanto regresó de Varsovia, aunque no pudo conseguir nada. Trece años pasaron desde que abandonó en París a la hija de Smith, y en ese lapso

obtuvo detallados informes de todo lo que le interesaba. Sabía que ella estaba viviendo con Enrique, el hombre de quien nos habló Nelly. El caso es que estaba enterado de todo al dedillo; pero de pronto perdió la pista.

»Esto debió de ocurrir a poco de fallecer Enrique, cuando la hija de Smith regresó a San Petersburgo. Al príncipe no le habría costado mucho encontrarla aquí, aunque hubiese cambiado de nombre al cruzar la frontera. Sin embargo, sus agentes en el extranjero le dieron informes erróneos y dijeron que la señora estaba residiendo en una lejana población del sur de Alemania. Ocurrió que la habían confundido con otra mujer. El error se mantuvo durante casi doce meses, cuando el príncipe comenzaba a tener dudas, pues le parecía que no era ella. Entonces surgió el problema de saber dónde estaba la mujer. El príncipe sospechó que pudiera hallarse de nuevo en San Petersburgo, y al tiempo que proseguían las indagaciones en el extranjero, él iniciaba las pesquisas por aquí. De todos modos, no las llevó a cabo él personalmente. Había oido hablar de que yo me dedicaba a tales investigaciones, y se puso en contacto conmigo y me explicó el asunto. Pero lo expuso vagamente, de forma confusa y equívoca, contando los mismos sucesos de distinta forma, en ocasiones. Es muy astuto y sabe disimular a la perfección. El caso es que me aplicó a mi tarea con verdadera inocencia, trabajando como un esclavo. Pensaba en la ley de la paternidad, que existe, sin duda alguna, y me dijo: «¿Tenía él realmente necesidad de llamarme? Detrás del motivo que explica, ¿no habrá otra razón inconfesable?» Si era cierto esto último, el príncipe me estaba engañando, pues si el primer servicio valía un rublo, el segundo valía cuatro veces más.

Hizo una pausa para tomar aliento, y agregó:

— Comencé mis investigaciones, y a poco di con varios indicios, uno gracias a las pistas que él me diera; otro, que me fue proporcionado por gente ajena a la

cuestión, y el tercero conseguido con mis propios esfuerzos. Quizá te pregantes por qué me preocupé tanto del asunto. A ello me indujo ver lo inquieto que se mostraba el príncipe. Era síntoma de que algo importante se traía entre manos. Resumido, había raptado a la chica, y tras dejarla embarazada, la abandonó. En esto no había nada de extraordinario, sino una calaverada más o menos lamentable. Lo cierto es que un individuo como él no se detiene ante estas minucias. Sin embargo, advertí la angustia del príncipe, y ello me dio que pensar. Conseguí algunos datos interesantes por medio de la mujer de un panadero alemán que está afincada aquí, en San Petersburgo, y que era prima de Enrique. Esta mujer estuvo perdidamente enamorada de su primo, y en quince años no dejó de amarle. Con su marido, un hombre brutal, tuvo nada menos que ocho hijos. Descubrí que Enrique, antes de morir, había escrito a su prima, y que, como suelen hacer los germanos, le enviaba el diario de su vida, así como otros papeles. La pobre mujer no comprendió lo importantes que eran éstos, pues sólo le interesaban cuando decían algo de la luna, de *mein lieber Augustin*, y del poeta Wieland. En fin, que hallé los informes que necesitaba acerca de Smith y su fortuna, de la hija raptada y de la forma en que el príncipe se apoderó del dinero. En esos papeles pude descubrir la verdad, aunque no fuera nada categórico, ya que el bendito de Enrique se expresaba con metáforas y alusiones. Sin embargo, aquella confusión terminó siendo para mí un conjunto perfectamente coherente. Algo resultaba evidente: el príncipe se había casado con la hija de Smith. Sin embargo, ignoraba el lugar y la fecha. ¿Había sido en el extranjero, o aquí mismo? Ahí residía el misterio. Me tiraba de los pelos, lleno de ira, y seguía investigando sin cesar, día y noche. Cuando al fin encuentro a Smith, tiene la ocurrencia de morirse. Antes supe casualmente que había muerto una mujer en Vasili Ostrov, que por las señas me interesaba. Corré a

ese distrito, y allí nos encontramos, ¿lo recuerdas? Avrigüé muchas cosas, y Nelly me ayudó mucho.

— ¿Te parece que Nelly puede estar al corriente de...?

— ¿De qué?

— De que es hija del príncipe.

Masloboiev me miró con gesto irónico.

— ¿Qué importancia tiene que lo sepa ella, o que lo sepas tú, incluso? Lo que interesa no es que sea hija de él, sino su hija «legítima». ¿Te das cuenta?

— ¡Es imposible! — repuse.

— También yo me decía eso mismo, y a veces aún me lo repito todavía, pero lo cierto es que no sólo puede serlo, sino que lo es, con seguridad.

— Eso es absurdo, Masloboiev. De haber tenido una prueba la madre de Nelly, ¿hubiese soportado tantas penalidades, para dejar luego a su hija huérfana y desvalida? Insisto en que me parece imposible.

— Yo creí eso igualmente, hasta que tuve que convencerme. No debemos olvidar que aquella Smith era una mujer soñadora e insensata como pocas. Si observas los hechos advertirás que todo en ella era romanticismo. Creía en una especie de cielo en la tierra, y a tal punto era ingenua que se entregó sin reservas al hombre amado. Si algo la trastornó realmente, no fue el que su amante la abandonase, sino comprobar llena de decepción que su ángel era de barro, y que la ofendía y humillaba. No fue capaz de soportar tamaña degradación, y llena de altivez se separó del hombre, mostrando hacia él un absoluto desdén. Luego, en un acto insensato, destruyó todos los vínculos que a él le unían. Rompió los documentos, le tiró el dinero a la cara y quiso renunciar a él sin darse cuenta de que ese dinero no le pertenecía. Todo lo hizo para demostrar su desprecio a aquel hombre.

Masloboiev hablaba tan rápidamente que tuvo que detenerse para recuperar el aliento. Después de una breve pausa, añadió:

— Puede que considerase como una deshonra el ser la esposa de aquel hombre. Si bien el divorcio no está legalizado en nuestro país, ellos vivían divorciados, realmente. En consecuencia, ella no podía solicitar su ayuda. No tienes más que recordar lo que decía a Nelly, poco antes de morir: «No te marches con ellos. Más vale que mueras antes de ir a sus casas.» La pobre mujer imaginaba que un día acudirían a buscar a Nelly, y que ésta podría vengarse humillando con su desprecio al que la quisiese recoger. Esas eran las visiones que alentaba la desdichada, pues supongo que sabes la irritación extremada que produce la tuberculosis. Y ésa era la dolencia de la madre de Nelly, de la que he averiguado mucho. De todos modos, me enteré por una amistad, que llegó a escribir al príncipe.

— De modo que le escribió. ¿Le llegó la carta a él? — inquirí, lleno de impaciencia.

— No lo sé. Un día la hija de Smith pidió a esa conocida mía (la muchacha tan pintada que estaba en casa de la Bubnova, y que ahora se encuentra en un correcional) que le llevara la carta. Sin embargo, no se decidió a mandarla. Esto ocurrió aproximadamente tres semanas antes de que falleciera. Se trata de un dato muy significativo. Indudablemente, había resuelto enviar la misiva, y el que no la mandase carece de importancia, ya que pudo enviarla en otra oportunidad. No sé si por fin la mandó, aunque hay un indicio que nos obliga a pensar que no lo hizo. Se trata de que el príncipe no se enteró con seguridad de que la hija de Smith se hallaba en San Petersburgo, hasta que ella dejó de existir. Esta noticia debió de alegrarle enormemente, sin duda.

— Sí, creo recordar que Aliocha me contó acerca de una carta que le proporcionó un gran contento. Pero eso fue hace poco, dos meses, todo lo más. Bueno, ¿qué más puedes decirme? ¿Vas a hacer algo con el príncipe?

— Te diré lo que pienso hacer. Aunque tengo la certeza de que no me equivoco, carezco de pruebas suficiente

cientes, por más que he revuelto cielo y tierra para hallarlas. Se ha llegado a una situación insostenible. Podríamos indagar fuera del país, pero, ¿en qué sitio?, ¿en qué lugar del extranjero? No es posible saberlo, y por ello pensé que tendría que apelar a una tremenda treta, asustándole mediante veladas referencias, haciéndole creer que estoy en posesión de más datos de los que tengo en los momentos actuales.

— ¿Lo hiciste? ¿Y qué sucedió?

— Sencillamente, no se dejó engañar, aunque se mostró tan atemorizado que aún debe estar temblando. Nos hemos visto varias veces después de eso, y siempre le he encontrado con un aspecto lamentable. En una oportunidad se dispuso a contármelo todo, como si fuera yo un buen amigo suyo. Parecía sincero y hablaba con sentimiento; sin embargo, estaba mintiendo. Fue entonces cuando me di cuenta del gran temor que sentía por mí. Representé delante de él, por un tiempo, el papel del individuo necio que pretende obrar astutamente. Procuré atemorizarle con fingida torpeza, lanzando invectivas y diciendo barbaridades, a fin de que me creyese un estúpido y hablase más de la cuenta. Y el muy truhán comprendió mi juego en seguida. En otra ocasión hice como que me emborrachaba, y no obtuve mejores resultados. Es un lince, Vania. Seguramente te darás cuenta de que yo tenía que averiguar si él me tenía miedo, realmente. Además, quería que me creyera enterado de más cosas de las que sé.

— Y bien, ¿cómo concluyó el asunto?

— Terminó mal. Tenía yo necesidad de lograr pruebas, y no las encontraba. El príncipe se dio cuenta de que yo estaba en situación de organizar un escándalo, cosa que temía realmente, más aún porque comenzaba a crearse en San Petersburgo un círculo de amistades. ¿Te has enterado de que va a contraer matrimonio?

— No lo sabía.

— Piensa casarse el año próximo. Hace un año, cuan-

do su prometida tenía catorce, tomó la decisión. La chica tiene ahora quince, y la pobre criatura debe todavía vestir de colegiala. Sus padres están encantados. Ya comprenderás lo bien que le ha venido que su mujer haya muerto. La jovencita es hija de un general que posee una considerable fortuna. Mi querido Vania, yo nunca me casaría por dinero. No soy de esa clase de gente.

A continuación Masloboiev hizo estremecer la mesa de un fuerte puñetazo y gritó:

— ¡Jamás podré perdonarme que ese canalla me haya embaucado! Sí. Vania, lo cierto es que me engaño. Ocurrió hace un par de semanas.

— ¿Qué pasó?

— Advertí que él había adivinado que yo carecía de cualquier clase de pruebas, y me dije que cuanto más se alargase la cosa, más advertiría mi incapacidad. Entonces decidí aceptar dos mil rublos que me ofrecía

— ¡Le aceptaste dos mil rublos!

— Sí, dos mil rublos de plata, mi querido Vania. Los tomé a regañadientes, pensando lo enorme de la suma, como pago para silenciar un asunto como ése. Me dije que era una verdadera humillación y me sentí como si me hubiera abofeteado. Al darme el dinero manifestó: «Aún no le he pagado las gestiones anteriores, Masloboiev (mentira, pues ya me había entregado ciento cincuenta rublos, que era la suma convenida); pero como tengo que salir de viaje, le entrego estos dos mil rublos. Espero que con esta suma habrá quedado todo debidamente liquidado.» No me atreví a mirarle a los ojos, siquiera, y repuse: «Está completamente saldado, príncipe.» Sentí como si me estuviera diciendo «Te doy este dinero porque quiero, porque me das lástima, mentecato.» Luego la vergüenza hizo que me olvidase de todo, y ni sé siquiera cómo salí de su casa.

— Verdaderamente, fue vergonzoso tu proceder; una cobardía, por lo que a Nelly se refiere — declaré.

— Una cobardía es poco. Se trata de algo que merece la cárcel, una verdadera canallada. Es... es... no podría calificarlo debidamente.

— De todos modos, lo menos que debiera hacer ese individuo es asegurar el futuro de Nelly.

— Así es; al menos, se trata de una obligación moral que tiene. Sin embargo, no sé bien de qué forma se le podría obligar a que lo haga. No es posible asustarle, y por tal razón acepté su dinero. Quería saber hasta qué punto podía infundirle miedo, y comprobé que no subía más que a dos mil rublos. En esa suma quedaba tasado. Una vez hecho eso, ¿cómo vamos a pretender asustarle?

— ¿Permitiremos acaso que la causa de Nelly se venga abajo sin remedio — dije, exasperado.

— No, en absoluto — repuso él acaloradamente y estremeciéndose de pies a cabeza —. Esto no va a quedar así, Vania; voy a iniciar un ataque por otro flanco. Se trata de algo ya resuelto. Da igual que le haya aceptado los dos mil rublos. En realidad los tomé por la afrenta que me infirió el muy granuja, engañándome como a un infeliz y burlándose de mí encima. Eso jamás podré consentirlo. Ahora dirigiré mis averiguaciones hacia el lado de Nelly, pues tengo la certeza de que gracias a ella lograré desentrañar el asunto definitivamente. La chiquilla está al corriente de todo, puesto que su madre se lo explicó con detalle. Probablemente lo hizo cuando más desesperada estaba, o mientras se hallaba enferma, o casi delirando. Como no tenía a su lado a una persona a quien confiar su sufrimiento, descargó sus penas en la chiquilla. Tal vez hasta puede ocurrir que demos con los documentos.

Masloboiev se frotó alegremente las manos, sonrió complacido y agregó:

— ¿Te das cuenta de por qué vengo siempre por aquí? Claro está que también me trae la amistad que nos une a ambos, pero más que nada lo hago para observar a Nelly. Sé que tú tienes gran ascendiente sobre la niña,

Vania, y por eso te pido que me ayudes, aunque la idea no te haga demasiado dichoso.

— Está bien, puedes contar conmigo — le contesté —. Por otra parte, espero que tratarás de beneficiar a esa pobre huérfana desvalida, tan duramente tratada por la vida, y que no te dejarás arrastrar por tu interés particular.

— No me explico qué importancia puede tener eso, qué influencia pueden ejercer mis fines personales. Lo importante ahora es conseguir nuestro objetivo. Evidentemente, colocaremos a Nelly en primer plano, puesto que así lo exige el sentimiento de humanidad. Sin embargo, espero que no me recrimines si del asunto procuro sacar algún partido. Ya sabes que soy pobre, y ese canalla se complace en aprovecharse de los necesitados. Por otra parte, ¿quién sería capaz de tener lástima de un canalla inveterado como ese famoso príncipe, que no vacila en burlarse de los que le rodean? En fin, Vania, es hora de que me marche. Hasta mañana.

La pequeña fiesta que pensábamos celebrar al día siguiente, con la sorpresa de las flores, no pudo llevarse a cabo. El estado de Nelly se hizo tan crítico que no pudimos levantarla de su lecho.

Nunca más saldría con vida de aquel cuarto, pues la pobrecilla murió dos semanas más tarde.

Durante esos quince días en que iba agonizando poco a poco, puede afirmarse que no tuvo un momento de verdadera lucidez, y que constantemente se encontró bajo los efectos de extrañas alucinaciones. Su mente llegó a trastornarse, y hasta el momento de su muerte, tuvo la firme convicción de que su abuelo la llamaba una y otra vez, y encolerizado porque no le hacía caso, la golpeaba con el bastón, exigiéndole luego que fuese a mendigar a la calle, para que él pudiera comprar, como de costumbre, su pan y su tabaco.

Mientras dormía, veíamos a la pobre niña llorar desconsoladamente. Luego despertaba y nos decía que había estado con su madre.

Algunas veces parecía recuperar un poco la lucidez mental. En una de esas ocasiones, hallándome solo con ella en su cuarto, me tendió los bracitos descarnados, y cogiéndome las manos entre las suyas, delgadas y febriles, me dijo en voz baja:

— Cuando yo me muera, Vania, cásate con Natacha.

Tengo la impresión de que esa idea la atormentaba desde hacía bastante tiempo. Le sonréí y ella me devolvió la sonrisa, al tiempo que alzaba un dedito y me amenazaba en un gesto travieso.

Una hermosa tarde de verano, tres días antes de su muerte, nos pidió que abriéramos la ventana que daba al jardín, y durante un buen rato se quedó observando las copas de los árboles que doraba el sol del atardecer. Despues dijo que nos dejases solos.

— Vania, sé que voy a morir pronto — me dijo con voz muy débil —, y quiero pedirte que no te olvides de mí. Toma, te dejo esto como recuerdo — y así diciendo señaló el relicario que llevaba al cuello —. O mejor, cógelo cuando yo haya muerto. Mamá me lo dejó también cuando se estaba muriendo. Lee lo que hay dentro del relicario, y vete luego a verle a «él». Dile que he muerto sin perdonarle, y que aunque los Evangelios dicen que debemos perdonar a nuestros enemigos, yo no lo he hecho porque las últimas palabras de mamá fueron: «Yo le maldigo.» También lo hago yo, por el recuerdo de mi madre, ya que no por mí. Dile la forma en que murió mamá, y que luego me quedé con la Bubnova. Cuéntaselo todo, y que preferí quedarme en casa de la Bubnova, en lugar de irme con él.

Al tiempo que iba hablando, Nelly se ponía cada vez más pálida y sus ojos relucían con intensidad. Apoyó la cabeza en la almohada, y se quedó en silencio un momento.

— Quiero despedirme de todos — dijo con voz casi inaudible —. Llámalo, Vania. ¡Adiós!

Entonces me abrazó por última vez, con sus escasas fuerzas.

Entraron mis amigos. Ikmeniev no podía hacerse a la idea de que la pequeña iba a morir. Discutió hasta el último momento con nosotros, asegurando que se pondría buena. Se había quedado muy delgado, pues pasaba los días y las noches a la cabecera de la enfermita. Los últimos días no llegó a dormir ni un momento. Trataba de satisfacer los menores deseos de Nelly y cuando salía de la alcoba le veíamos llorar lleno de congoja. Un momento más tarde había recobrado las esperanzas, y aseguraba que la chiquilla se restablecería en seguida. Le llenó de flores el cuarto, y un día vino con un gran ramo de rosas blancas y rojas, que había comprado muy lejos para su querida Nelly. La pobrecita no sabía cómo agradecer aquel cariño tan profundo. La tarde en que quiso decirnos adiós, el viejo Ikmeniev no alcanzaba a concebir que debía despedirse de la niña para siempre. Ella le contemplaba sonriendo dulcemente, y durante la velada se esforzó por parecer contenta, bromeando con el anciano y hasta riéndose un poco... Dejamos a la enfermita para que descansara. Al día siguiente no podía hablar, y pocas horas más tarde dejaba de existir.

Aún me parece ver al pobre viejo cubrir de flores el pequeño ataúd. Contemplo su angustia mientras observa la carita demacrada y sin vida, su dulce sonrisa, las manos cruzadas sobre el pecho. Lloró a Nelly como hubiera llorado a su propia hija. Todos tratamos de consolarle, pero después del entierro cayó enfermo de gravedad.

Entonces Ana Andreievna me entregó el relicario que llevaba al cuello la niña. En su interior descubrí una carta que la madre de Nelly había escrito al príncipe. La leí precisamente el día de la muerte de Nelly. La mujer afirmaba que no podía perdonarle. Describía sus penali-

dades en los últimos tiempos, y le suplicaba que no dejase abandonada a su hija a su triste destino, y que la protegiera.

«Es tu hija — escribía —. Sabes que es tu hija legítima. Le digo que cuando yo muera vaya a buscarme y te entregue esta carta. Si acoges bien a Nelly, puede que te perdone desde allá arriba, y que el día del Juicio Final me arrodille ante el trono del Divino Juez para rogarle que perdone tus pecados. Nelly sabe lo que he escrito en esta carta, porque se la he leído. Y se lo he contado absolutamente todo...»

Pero Nelly no llegó a cumplir la voluntad de su madre. Aunque estaba enterada de todo, no fue a buscar al príncipe, y murió sin buscar su reconciliación.

Cuando regresamos del entierro de Nelly, Natacha y yo nos quedamos un buen rato en el jardín. Hacía calor, y el cielo estaba despejado. Una semana más tarde saldrían los Ikmeniev de viaje. Natacha me observó con un brillo extraño en la mirada, y dijo:

— Creo que todo ha sido un sueño, Vania.

— ¿Cómo dices, Natacha? ¿Qué es lo que ha sido un sueño?

— Todo lo que ha ocurrido durante este año. Mi querido Vania, ¿por qué habré destruido tu dicha?

Entonces pude leer en sus ojos:

«¡Con lo felices que hubiéramos podido vivir tú y yo, unidos para siempre!»

F I N